

ESCRITOS DIA A DIA



RAIMON OBIOLS

SECRETARIA DE FORMACIÓ DEL P.S.C. (PSC-PSOE)

**ESCRITOS DIA
A DIA**

RAIMON OBIOLS

Indice

PRESENTACION	5
LAS LECCIONES DE LOS HECHOS	7
Lecciones de Andalucía	9
1975-1980 - La transición inconclusa	10
La oportunidad de los socialistas	13
Responsabilidad y radicalismo en las elecciones andaluzas	14
LA CAMPAÑA DEL CAMBIO, DIA A DIA	17
Una campaña dura	
Hablar... y escuchar	19
Una cierta idea de Catalunya	
Va de mítines	20
En bici, con los jóvenes	
A todo gas	21
Los debates	
¡Miquel, no necesitas abuela!	22
Hablando se entiende la gente	
Todos estaremos en el recuento	23
¡Como en Francia mejor que mejor!	
Un golpe de efecto	24
Mendes France, verdad y rigor	
El día más largo	25
Dos políticas ante la crisis	
Juntos vencimos el frío	
Menos da una piedra	26
POR LA CATALUNYA DE TODOS	27
Nacionalizar Catalunya	29
Es necesario un debate sobre política cultural	30
Una crida con minúscula	31
POR LA PAZ	33
Hay que movilizarse por la paz	35
Cuando los socialistas hacemos volar palomas	37
El «Telele»	38
TEMAS DE PARTIDO	41
El fantasma de Bad Godesberg	43
El funcionamiento y la acción de las agrupaciones del partido	48
El lenguaje de los socialistas	50
PERFILES DE SOCIALISTAS	53
Homenaje a Francesc Vila-Abadal	55
Mitterrand	58
Sobre Joan Reventós (carta abierta a Raimon Gali)	59

Editado por la Secretaría de Formación
del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC-PSOE)

Junio 1983

Impreso en Gràfiques Llopart - Villarroel, 81 - Barcelona-11

Depósito legal: B. 25.822-1983

La portada muestra un fragmento del cuadro "Amnistía", de Genovés.
Museo de Arte Contemporáneo.

Presentación

Estos son escritos de circunstancias. He hecho una breve compilación de algunos artículos confeccionados a través de los días y de los acontecimientos políticos, a lo largo de un período que me ha parecido políticamente intenso e interesante. No sé si estos papeles serán, también, interesantes para el lector. Me gustaría, claro está, que fuera así. En todo caso, una cosa es cierta, y soy testigo de ello: la lucha política, cotidiana y agitada, deja poco tiempo para la calma y el distanciamiento que, según dicen, son tan necesarios para una buena escritura. No busquéis pues, aquí, otra cosa que el testimonio de unos análisis hechos sobre la marcha. Y quizás, de unas preocupaciones y unas esperanzas.

Pero escribir con rapidez tiene, al menos, la ventaja de aligerar la prosa. No sé si en las líneas que siguen hay carne fresca o tendones. Tened al menos la tranquilidad de pensar que hay poca grasa.

Raimon Obiols i Germà

Faint, illegible text in the upper left quadrant of the page.

Faint, illegible text in the middle left quadrant of the page.

Faint, illegible text in the lower left quadrant of the page.

Las lecciones de los hechos

Lecciones de Andalucía

El resultado de las elecciones parciales para el Senado, en Almería y Sevilla, merece ser considerado con la máxima atención. Estas elecciones han sido un *test* importante. Los comentaristas de la derecha están tratando de desviar la atención de la opinión pública únicamente hacia un aspecto: la abstención. Lo mismo hace el partido del Gobierno, la UCD, que trata de disimular el alcance de su derrota electoral hablando de la «enorme abstención». El secretario general de UCD, Calvo Ortega, ha dicho que *“el gran triunfador de estas elecciones ha sido el abstencionismo”*.

Es cierto que existe un fenómeno preocupante de abstencionismo electoral, que tiene su reflejo en Andalucía como en las otras zonas del Estado. Se ha puesto de manifiesto en anteriores contiendas electorales. Pero en este caso concreto de las elecciones parciales en Andalucía es preciso señalar que el margen de abstenciones es homologable al que se produce con frecuencia en las elecciones parciales de cualquier país democrático. El hecho de no tratarse de una pugna electoral general, políticamente decisiva, y la inexistencia del ambiente creado por unas elecciones generales, en la sociedad y en los medios de comunicación, hace que en unas elecciones parciales la abstención sea habitualmente muy superior a la de unas elecciones generales.

Lo relevante, lo que se sitúa en primer plano en estas elecciones andaluzas, no es el abstencionismo, sino el hecho de que reflejan unos cambios importantes en la actitud del electorado. Estos cambios constituyen la respuesta de la ciudadanía andaluza a la situación política general y a la acción del Gobierno de UCD. Y, como ha señalado el presidente de la Junta de Andalucía, Rafael Escuredo, estos cambios permiten también saber hasta qué punto la sensibilidad ciudadana en Andalucía se orienta hacia los partidos que más han luchado para conquistar la máxima cota autonómica para Andalucía.

Los resultados aparecen, en este sentido, como concluyentes. Se ha producido una desautorización de UCD y del PSA, y un fuerte incremento de la confianza depositada en los candidatos del PSOE de Andalucía. En Sevilla, en especial, el hundimiento del partido de Suárez ha sido impresionante. ¿Las causas? A mi juicio, asistimos en estos momentos a un descenso espectacular de la credibilidad del Gobierno y de la precaria mayoría parlamentaria que le da soporte. Ahora bien, esta pérdida de credibilidad ha sido posiblemente mayor en Andalucía, como consecuencia de la increíble política seguida por los Gobiernos Suárez a propósito de la autonomía andaluza.

Recordémoslo brevemente. UCD se declaró inicialmente partidaria del artículo 151 de la Constitución como vía de acceso del pueblo andaluz a su autonomía. Después, ante el referéndum del 28 de febrero, se declaró partidaria del artículo 143 y preconizó la abstención. Los resultados del referéndum andaluz fueron inequívocos. Como señaló Felipe González en el debate parlamentario de la moción de confianza, el pueblo andaluz ejerció en el referéndum su soberanía, *“y esa soberanía dice que quiere el artículo 151. Que me perdonen, no cabe otra interpretación, dice que quiere el 151”*. En

este mismo debate, Suárez y Martín Villa se sacaron de la manga otro artículo constitucional, el 144. Suárez señaló: *"En relación con Andalucía, es intención del Gobierno recurrir al artículo 144 de la Constitución para conseguir, a través de un procedimiento especial, la adopción de un Estatuto"*. Por motivos aún hoy misteriosos, el PSA aceptó como buena esta fórmula lesiva para la soberanía popular andaluza. Lo mismo hizo Convergència Democràtica de Catalunya. Ante ello, la actitud socialista fue muy firme. Vale la pena recordar las palabras dirigidas a Suárez por el presidente de la Junta de Andalucía, Rafael Escuredo, ante el Congreso de los Diputados: *"Mientras yo sea el presidente de la Junta de Andalucía, y esté apoyado por la mayoría de esa institución, sepa usted que Andalucía no irá nunca por el 144, y puestos a ir, estoy convencido de que irá por el artículo 151"*.

Y así fue. Pocas semanas después, dejando en posición francamente desairada a sus aliados del PSA y de CDC, el Gobierno de Suárez no vio otra alternativa que abrir una negociación con los socialistas y con la Junta andaluza, que concluyó, como es sabido, por la aceptación final del artículo 151 para el Estatuto andaluz. Vale la pena recordar que UCD ha dado, pues, en este proceso un giro no de 180 grados, sino de 360. A través de un fantástico viaje de circunvalación alrededor del electorado andaluz, pasó del artículo 151 al 143, y después al 144 para regresar de nuevo al punto de origen del artículo 151. Para este viaje no se necesitaban alforjas.

Es natural que el pueblo haya sacado sus conclusiones y, a la vez que penalizaba a UCD y su aliado, el PSA, haya confirmado su confianza en los socialistas del PSOE andaluz, que, atacados permanentemente por un partido que pretendía asumir con gran despliegue verbal la exclusiva del andalucismo, han aparecido como los más enérgicos y eficaces valedores de la autonomía del pueblo de Andalucía.

Mundo diario
Noviembre 1980

1975-1980 - La transición inconclusa

El proceso de transición que siguió a la muerte de Franco, cuyo quinto aniversario se cumple ahora, constituye uno de los fenómenos políticos más notables de la reciente historia europea. El *"cambio prudente"* de la dictadura a la democracia, su carácter eminentemente no traumático, fue recibido con satisfacción casi unánime por la opinión del país y del mundo. Tal vez esto obscureció el hecho de que se trataba de un proceso sumamente complejo y contradictorio. Hoy, al culminar el quinquenio 75-80, la satisfacción ha dejado paso a la preocupación, al «desencanto», cuando no al alarmismo. En un número reciente que el semanario francés *"L'Express"* ha dedicado al postfranquismo, su director *Jean-François Revel* afirma que *"este desencanto no es más que el reverso de una cierta ingenuidad ideológica, sin duda inicialmente excusable"*, y que los españoles *"han descubierto que la democracia no es, en sí misma y por sí misma, la solución de todos los problemas"*. Pero estas consideraciones «psicológicas» no bastan. Los

problemas, acuciantes, están ahí. Se llaman crisis económica y paro; se llaman Euskadi, terrorismo e inseguridad; se llaman bloqueo político, impotencia y desánimo. En tonos quizá excesivamente drásticos, un «pesimista rojo», *E. Haro Tecglen*, ha escrito recientemente que estamos asistiendo a *"un desmoronamiento general, desde la economía hasta la convivencia"*.

Para la izquierda, hoy más que nunca, se hace urgente pasar del diagnóstico a la interpretación, y de la interpretación a la propuesta. Porque el cambio no ha terminado. La transición está inconclusa. Se enfrenta, y nosotros con ella, a momentos difíciles. Y sólo una reflexión sobre las grandes líneas en juego durante el quinquenio 75-80 nos puede suministrar unas claves para interpretar lo que está pasando.

En realidad debe situarse más atrás, en 1973, el inicio real de la transición. Entonces España experimentó una aceleración y dramatización de la actividad política mucho más intensa que en los treinta y cinco años anteriores. Si las desapariciones de Carrero y de Franco cobraron, en su momento, una excepcional importancia, no fue sólo por su dimensión individual sino porque se inscribían en un contexto de inadecuación y de crisis grave de la dictadura. En los últimos años, la presencia de *Franco* en el poder era un elemento simbólico que mantenía la inercia del sistema, a costa de crisis cada vez más acentuadas y más graves. La muerte de *Franco* exacerbó las contradicciones hasta el límite.

Lo que caracterizaba entonces la situación era, por un lado, el crecimiento de un movimiento democrático cada vez más poderoso, que se expresaba fundamentalmente en las luchas obreras, y de las nacionalidades, y en la convergencia de las fuerzas políticas democráticas. Pero, además, el hecho de que las resistencias a una supervivencia de la dictadura surgían también del propio seno de los sectores dominantes. Los sostenedores del régimen basculaban. Se asistió a un conflicto entre la Iglesia y la dictadura. En el seno de las fuerzas armadas apareció una contraposición entre los continuistas y un grupo modernizador. Se produjo, sobre todo, un enfrentamiento cada vez más radical en la propia élite política y económica del régimen. En mayo de 1975, un personaje aún hoy vigente, *Luis M. Ansón*, escribía en ABC: *"las ratas están a punto de abandonar el barco del régimen... La cobardía de la clase dirigente española es realmente sofocante. Estamos ya en los comienzos del "sálvese quien pueda", de la capitulación incondicional"*. Pocas semanas más tarde, en el mismo periódico, *Joaquín Garrigues-Walker* exponía sin pelos en la lengua las razones del «otro sector» dirigente: *"Sólo aceptando el riesgo del posible cambio se podrá controlar el cambio. De otra manera, las fuerzas sociales que presionan sobre las instituciones del Estado terminarán por triunfar, como Ho Chi Minh en Saigón. Lo borrarán todo y empezarán de nuevo"*.

La transición de la dictadura a la situación actual se operó a través del juego dialéctico entre dos modelos de transición: una *transición contra la dictadura* y una *transición desde la dictadura*. Lo peculiar del proceso fue que ninguno de los dos modelos consiguió imponerse. La aceptación del cambio por los sectores dominantes respondía, en última instancia, a las necesidades del capitalismo español, enfrentado a los anticuados mecanismos de la dictadura y temeroso ante las exigencias y movilizaciones populares. Pero la rapidez y el alcance de la transición, el desbordamiento del modelo de *"transición desde la dictadura"*, fue consecuencia de los enormes sacrificios y presiones de las

fuerzas populares. Los dos modelos de transición se interrelacionaron, se condicionaron mutuamente, y dieron lugar a una situación específica, que no correspondía plenamente a las previsiones de ninguno de los dos. A mi juicio, no puede comprenderse absolutamente nada de la situación española actual si se olvida o se subvalora este hecho.

LOS TRES DESBORDAMIENTOS DE LA «REFORMA GRADUAL CONTROLADA»

En la izquierda hay cierta tendencia masoquista a interpretar la transición en términos poco dialécticos. Se esgrimen con frecuencia las evocaciones "gatopardescas", el "todo ha cambiado para que todo siga igual" de Lampedusa, o el "plus ça change, plus c'est la même chose" de Karr. En el fondo, todo se habría desarrollado de acuerdo con las previsiones del poder. Incluso el PSUC parece retroceder a este tipo de análisis lineal, a juzgar por las tesis preparadas para su próximo congreso, donde se dice que en la transición "ha prevalecido un proceso de reforma gradual controlado por las clases dominantes españolas". Pero si este control fuera tan cierto, ¿qué interpretación dar a las enormes dificultades a las que se enfrentan los sectores hoy en el poder?

En tres ocasiones, por lo menos, las fuerzas populares y democráticas desbordaron y modificaron substancialmente este proceso de «reforma gradual controlada». En los primeros meses de 1976, las huelgas y manifestaciones en Catalunya, Madrid y Euskadi, que culminaron en los sucesos de Vitoria, dieron al traste con el proyecto Arias Navarro. Suárez y su equipo se ven obligados, después, a desarrollar su proyecto de reforma precisamente cuando la convergencia y la movilización de las fuerzas democráticas y populares alcanza su punto álgido. Y, en enero del 77, Suárez se ve obligado a una huida hacia adelante, negociando con la oposición aún ilegal, reconociendo por fin un marco real de libertades básicas y legalizando partidos y sindicatos, en un proceso que iba más allá de su diseño inicial: segundo desbordamiento.

Los resultados electorales, en fin, suponen un tercer desbordamiento. Fracasan las previsiones del poder y el peso socialista impide una mayoría absoluta de UCD en el Parlamento. Debe readeuarse de nuevo la situación mediante un proceso constituyente, la amnistía y el desencadenamiento de las preautonomías.

El problema principal que se plantea a continuación es el de la inexistencia de una fuerza democrática de gobierno capaz de dirigir el proceso de cambio en el nuevo escenario, complejo y contradictorio, originado por la interrelación entre las «dos transiciones». Como es sabido, UCD surgió, en sus componentes esenciales, como una especie de excrecencia de la alta burocracia del Estado franquista. Sus componentes principales, empezando por Suárez, eran mutantes políticos, idóneos para maniobrar en la fase de desmantelamiento, pero congénitamente inadecuados para llevar a cabo las tareas básicas que deberían permitir una culminación positiva del proceso democrático: una política económica coherente frente a la crisis y el paro; una transformación en sentido democrático y autonómico del Estado centralista y autoritario, para dar vida a las Comunidades Autónomas y a los Ayuntamientos democráticos; la lucha eficaz contra el terrorismo y por la pacificación de Euskadi. Todo ha quedado bloqueado en estos terrenos vitales: Suárez y sus gobiernos se han batido en retirada y han fracasado. La transición se halla en punto muerto. La

disyuntiva, ahora, es avanzar o retroceder. Por eso la substitución de UCD al frente del gobierno será el gran tema político de los próximos tiempos.

El Periódico
Enero 1981

La oportunidad de los socialistas

Pronto hará un año de las elecciones del 20-M, al Parlament de Catalunya, que dieron el triunfo a Convergència y significaron un tropiezo para nuestro Partido.

La gran burguesía se volcó, en aquella ocasión, apoyando a Pujol y a su Partido. El estado de ánimo que trataron de crear, con el esfuerzo conjugado de la campaña de Convergència y del Fomento del Trabajo Nacional, queda muy bien expresado por un editorialista de un diario barcelonés, que se caracterizó por el ataque sistemático y demagógico a los socialistas, y que escribía, pocos días después del 20-M: "Razonablemente cabe pensar que los resultados de los comicios celebrados en el ya histórico 20-M, van a tener resultados positivos en Catalunya.

Personalmente, uno no duda de ello y piensa que la inmediata reactivación de la economía catalana con el consiguiente descenso del hasta ahora muy grave índice de paro, al mismo tiempo que la configuración de un ambiente ciudadano de mayor seguridad, constituirán sus primeras explicitaciones".

No hay ningún tipo de dudas de que estas expectativas demagógicas fueron rentables para Convergència.

Como lo fueron las amenazas empresariales. El señor A. Algeró, presidente de la comisión de organizaciones empresariales del Fomento del Trabajo Nacional, decía, por ejemplo, en los mítines electorales del Fomento:

"Sólo con un gobierno que inspire confianza los empresarios volverán a invertir".

Y añadía:

"El 20-M nos jugamos el futuro de Catalunya... votando vamos a tener un gobierno fuerte y con autoridad, que se preocupe fundamentalmente de la economía. El empresario debe igualmente arrastrar a los trabajadores a las urnas".

El objetivo de esta campaña de la derecha queda resumido perfectamente con aquella frase de Jordi Pujol, al finalizar la campaña:

"Si Convergència sube tres puntos en Santa Coloma de Gramanet, ya me puedo ir a dormir tranquilo".

Y bien: aquella campaña fue un éxito. El voto del miedo, el voto de la derecha útil, se volcó hacia el partido de Pujol.

¿Qué queda, hoy, cerca de un año después, de aquella "reactivación de la economía catalana"? ¿Qué hay de aquel "descenso del índice de paro"? La crisis continúa, más dura que nunca. El paro ha penetrado aún más dramáticamente en Catalunya con unas cifras escalofriantes.

Esto plantea una cuestión absolutamente crucial. ¿En la eventualidad de unas futuras elecciones, este mecanismo de engaño al pueblo, (impulsado por los dineros de la patronal, basado en los ataques más alarmistas y demagógicos contra los socialistas y su programa social y económico), seguirá funcionando?

¿Los electores populares que creyeron ingenuamente que "los banqueros, si ganan las elecciones, nos arreglarán la crisis y nos darán trabajo", seguirán pensando lo mismo?

¿O bien otorgarán su confianza al Partit dels Socialistes, para hacer posible otra política, que plantee, como la primera de las prioridades, la defensa de los intereses de los trabajadores?

No hay respuesta mecánica a esta pregunta. La respuesta está en nosotros mismos. La respuesta será positiva si nuestro partido se muestra, en los próximos tiempos, a la altura de la responsabilidad inmensa que recae sobre sus espaldas: luchar con inteligencia y coraje para situarse nuevamente al frente del pueblo, recogiendo su confianza mayoritaria, y consiguiendo, con realismo y eficacia, hacer prevalecer los intereses de los trabajadores y del pueblo frente a los intereses antipopulares de la derecha económica y política.

L'Opinió Socialista
Enero 1981

Responsabilidad y radicalismo en las elecciones andaluzas

En Andalucía, la realidad cotidiana del paro, de la crisis, de la miseria, lo impregna todo. Ya se sabe: las cifras son frías. Hablar, por consiguiente, de que el paro engloba hoy al veinticinco por ciento de la población activa andaluza, o de que los parados de Andalucía y sus familias suman un total de millón y medio de personas, es decir poco, si no somos capaces de sentir lo que hay detrás de estos datos. Una realidad atroz.

Cabría esperar, en una situación tan extrema, que los elementos de radicalización en la campaña en curso para las primeras elecciones autonómicas de Andalucía, provinieran de los sectores más desasistidos, de estas masas de ciudadanos dramáticamente afectados por la crisis, de estos hombres y mujeres que en el campo y en las ciudades de Andalucía se encuentran hoy en una situación de desvalimiento casi insostenible. Y no es así. Los observadores más imparciales coinciden en señalar que el endurecimiento de la campaña electoral no ha surgido de los sectores sociales más menesterosos, o de las fuerzas políticas y sindicales que más se identifican con ellos, sino por el contrario —en una aparente paradoja— de núcleos de la cúpula empresarial, agrupados en la CEA (Confederación de Empresarios Andaluces) y en la CEOE.

El pueblo llano de Andalucía muestra sus actitudes de superación del conformismo y la resignación secular —tan sólo rotos en el pasado por ráfagas de revuelta desesperada— por caminos que hoy son los de la responsabilidad, el avance, el cambio democrático. Con una intuición clara de sus posibilidades y

de sus límites, y con una rigurosa contención en sus planteamientos y en sus expresiones.

La actitud de la cúpula empresarial ha resultado, por ello, aún más chocante. Las incidencias de su campaña electoral, de tono desabrido e incorrecto, con la Junta Electoral Central, son de todos conocidas. Un periódico moderado y conservador como «Cinco Días» comentaba recientemente que "si sorprende cómo la campaña de la CEOE ha pasado de defender un modelo de sociedad no marxista a atacar gráfica y literalmente al primer partido de la oposición (el PSOE) sin más argumento que un juicio previo de intenciones, mayor perplejidad causa que esas imágenes hayan sido autorizadas por la cúpula patronal sin pensar en los riesgos de un camino sin retorno ni en la previsible reacción de los atacados con tan escaso bagaje y tan notable exceso de mal gusto". Pues bien: cabe decir que "la previsible reacción de los atacados", que no ha sido de pusilanimidad sino de firmeza, ha tendido a acentuar aún más la tónica de confianza y de moderación que ha caracterizado a la campaña de los socialistas.

Quien, desde la derecha, ha dirigido uno de los varapalos más perspicaces a la intemperancia de la CEOE, ha sido Senillosa, el inefable y siempre dicharachero diputado catalán de "Coalición Democrática". "La CEOE", ha dicho Senillosa, "ha puesto el dinero del nuevo rico y también una vulgaridad insultante sacando un gusano del puño cerrado. En todos los países los empresarios ayudan a los partidos que defienden sus intereses, pero tienen la prudencia de no hacerlo con tan descarada beligerancia ni lanzándose a la arena política usurpando el espacio de los políticos".

"Nosotros", ha venido a decir este diputado de la derecha ilustrada, "hacemos un trabajo más fino". La conclusión es fácil de comprender: La CEOE debe financiar a Fraga y a la UCD, pero no meterse en camisas de once varas.

Todo el mundo coincide en señalar que las elecciones andaluzas prefiguran o condicionan la próxima consulta general, que puede celebrarse a finales de este año o a comienzos del 83. ¿La actitud de radicalismo unilateral de la patronal en las elecciones de Andalucía, proseguirá en los mismos tonos y características en el caso de unas elecciones generales? Parece que el empresariado andaluz se ha mostrado bastante reacio a sufragar la campaña de la CEA, y que la mayor parte de los centenares de millones (doscientos según unos; hasta novecientos según otros) que ha costado la propaganda empresarial, proviene de las arcas centrales de la CEOE. Y esto es inquietante. Anuncia, tal vez, que en el evento de unas elecciones generales habrá que contar con este lamentable elemento de crispación. Pero no hay duda que la respuesta socialista será, como en Andalucía, la respuesta contenida y tranquila de una fuerza política que sabe estar a la altura de sus responsabilidades.

En todo caso, si los consejos del diputado Senillosa son escuchados por la cúpula empresarial, y ésta dedica la totalidad de sus esfuerzos a "ayudar a los partidos que defienden sus intereses", vamos a perdernos un espectáculo gratis. A no ser que entonces este espectáculo de crispación unilateral y de mal gusto lo den los partidos sufragados por la derecha patronal. Mejor sería que pudiéramos ahorrarnos el uno y el otro.

El Noticiero Universal
Mayo 1982

**La campaña del cambio,
día a día**

En las elecciones generales celebradas el 28 de octubre de 1982 encabezé la candidatura socialista por la circunscripción de Barcelona. Por encargo del periódico "El Noticiero Universal", escribí diariamente un breve artículo comentando mis impresiones sobre cada jornada. Estos son los 17 artículos publicados en aquella ocasión.

Una campaña dura

La campaña electoral comienza. La agenda está llena. Llenísima. Actos públicos, mítines, declaraciones, encuentros informales... Horas y horas de trabajo. Compañeros que en toda Catalunya, y en toda España empiezan a enganchar los primeros carteles con la petición de voto. Por el cambio.

Estamos por el cambio, efectivamente. Y somos más. Somos mayoría quienes nos negamos a aceptar de nuevo aquello de «vale más loco conocido que sabio por conocer». Porque aquellos que hemos tenido que conocer y padecer son responsables de la situación en que ahora nos encontramos. Son responsables de la situación en que el paro, la crisis económica y, en general, de haber creado el desbarajuste en el que ahora nos encontramos. Ellos no tienen respuestas válidas para los problemas que tenemos delante. Por eso es necesario el cambio.

Esta campaña será dura, sin duda. Dura y decisiva. Hemos de conseguir la mayoría necesaria para poder gobernar. Sólo así podremos superar el estancamiento regresivo a que nos ha abocado la derecha de siempre y el pseudonacionalismo que hasta ahora le ha dado apoyo.

La gran mayoría del pueblo necesita el cambio, Catalunya necesita el cambio. Sólo vuestro voto puede hacerlo realidad.

7 octubre 1982

Hablar... y escuchar

Hacer llegar a todos la propuesta socialista. Recoger las esperanzas de tantos en el cambio. Y escuchar... Llevar la campaña al contacto directo, al mano a mano.

La ruta del contacto personal me ha llevado hoy a Terrassa: encontrar a la gente allí donde vive cotidianamente sus dificultades. En el mercado, los vendedores quejosos del descenso de las ventas; los consumidores, de los precios. En la cooperativa de producción Inducar, donde los esfuerzos mancomunados de los trabajadores han permitido, en estos momentos difíciles, echar para adelante su empresa en el campo difícil de los accesorios para automóviles. Entrar en contacto con el Hospital Municipal de Sant Llàtzer. El contacto con hombres y mujeres de la tercera edad en el Hogar del Jubilado. La comida con militantes socialistas, activistas por el cambio.

A media tarde, una reunión informal con sectores de la Iglesia catalana.

8 octubre 1982

Una cierta idea de Catalunya

Sesión de debate entre los primeros de lista de la circunscripción de Barcelona. Como siempre, entre el público, el contraste entre los silbidos y los insultos de un sector vocinglero, encaprichado con la fraseología ultranacionalista, y la actitud serena de los seguidores de los partidos de izquierda. Mirando la cara pálida y alterada del primero de lista de CiU, yo pensaba que los dirigentes de Convergència han destapado la caja de los truenos y no saben como volverla a cerrar. Han fomentado el verbalismo, la gesticulación «patriotarde», la intemperancia en la descalificación de los adversarios, y ahora resulta que comienzan a acusarlos también a ellos de «botiflers». Un artículo del club *Emprius* en un periódico barcelonés —quizá el más importante artículo político aparecido en el último año— califica acertadamente este estado de cosas. Leo: «Creemos que la persistencia del gobierno de la Generalitat en marginar la realidad de Catalunya, prefiriendo, en cambio, imaginarse una sociedad artificial, construida doctrinariamente y a la que se ha concedido en exclusiva los atributos de la catalanidad, es una de las razones que más poderosamente han contribuido a deteriorar nuestra vida colectiva». Es necesario volver a la Catalunya del respeto.

9 octubre 1982

Va de mítines

Hagas lo que hagas, míratelo como te lo mires, dependes de la política. De las decisiones que toman los políticos. De que gobiernen unos o lo hagan los otros. No participar, no decir la tuya, es una lástima. No participar ni hacer nada para mejorar las cosas con un cambio justo y lógico, es como quedarse voluntariamente encerrado en el pesimismo y vacío de esperanza. Los hombres y mujeres de Catalunya tienen derecho a dar a conocer su voluntad, en libertad, con perspicacia, jugando con vista. Y lo están haciendo. Empiezan los mítines. En Tarragona, en Sant Feliu de Llobregat, en Reus, en Lleida, he presenciado una respuesta popular sorprendentemente masiva y entusiasta, superior incluso a la de junio de 1977, que todos considerábamos irrepetible. La campaña electoral empieza a funcionar a todo gas y esto se pone interesante. La gente, como es lógico, más atenta a las razones que al grito, más receptiva ante las propuestas razonadas que ante las frases hechas. Nuestra democracia, mal que les pese a algunos, se ha convertido en una realidad madura y consistente.

11 octubre 1982

En bici, con los jóvenes

Hoy he ido en bici. El último de un tándem que conducía Xavier Soto, el secretario de la Joventut Socialista de Catalunya. Los jóvenes socialistas han hecho una demostración del empuje y la imaginación de esta campaña. Reparten propaganda en patines; en bicicleta. Han hecho una rueda de prensa bajo la atractiva protección de la glorieta del Parc de la Ciutadella.

No hay nada más esperanzador que convivir con la juventud. Nada más estimulante que la fuerza que será, sin duda, la fuerza del porvenir. Nada que anime más que saber que el futuro existe. Que está vivo. Que tiene cuerda y que no está para barbaridades. Es hermoso comprobar que Catalunya tiene gente joven que a pesar del olvido en que se encuentran, van al grano. Y con decisión: detrás de Xavier Soto, yo sólo tenía que ayudar, pedaleando de vez en cuando. El iba recto hacia adelante y le daba fuerte. Daba gusto, daba gusto verle.

12 octubre 1982

A todo gas

He aquí la agenda del martes. Vista «a posteriori» me da un poco de vértigo. A las 10 de la mañana, un almuerzo con el equipo informativo de un diario barcelonés. A continuación, actos en plena calle, en las Ramblas, la Barceloneta y la Ciutadella. Reunión de la comisión electoral socialista, con Ernest, Anna, Pere. Se comentan aspectos concretos de organización, réplicas a nuestros adversarios. Sorprendente la crispación de la campaña convergente. Y después, actos masivos en Cornellà y en Terrassa. El apoyo fraternal de Guillermina Motta, Joan Manuel Serrat, Fernando Guillén, empeñados a fondo en la campaña. Una participación popular sorprendente, que desborda todas las previsiones: multitudes atentas, a ratos entusiastas, a ratos silenciosas y reflexivas, prestando una extraordinaria atención a lo que se dice. Después, el comentario de un compañero: «A veces pienso que no nos merecemos a esta gente». Y al final de todo, los «deberes» para EL NOTICIERO.

13 octubre 1982

Los debates

Esto de los debates electorales está para chuparse los dedos. La impresión es de una confusión total. En una situación normal, todo el mundo busca el debate con el jefe de gobierno. Aquí pasa al revés: todos hacen cola para discutir con el líder de la oposición, Felipe González. La actitud de éste me parece razonable: discutir con el jefe de Gobierno español y, por lo que se refiere a Catalunya tener un debate con el actual presidente de la Generalitat, debate que podría clarificar muchas cosas sobre la auténtica voluntad autonomista del líder del PSOE. Pero le aprietan mucho, porque todos quieren menear la cola, tanto, que el hombre, como es lógico, acaba diciendo que no se opone a discutir con todo el que así lo quiera, si se hace de una manera ordenada. Hacer otra cosa parecería una actitud abusiva.

En Francia, o en otros países, los debates electorales son pocos pero buenos. La gente los sigue con auténtica pasión. Sería bueno que en nuestra casa se hiciera lo mismo, porque no hay nada más esclarecedor para la opinión pública que una discusión franca de los diferentes puntos de vista.

14 octubre 1982

¡Miquel, no necesitas abuela!

Si una cosa tengo perfectamente clara, en estas elecciones, es que yo no seré, después del 28 de octubre, presidente del Gobierno. También sé perfectamente que no lo será Miquel Roca Junyent. Que mi competidor electoral haya comentado, hace un par de días, que una diferencia entre él y yo es que algún periodista le ha mencionado como hipotético presidenciable, me parece una muestra preocupante de inmodestia. Ay, Miquel, Miquel... Sobre todo que las vallas y las cuñas, y los halagos y los aplausos no te hagan perder el mundo de vista, ni la medida, ni la autoironía. No nos pongamos medallas antes de hora, y que la gente nos pueda ver por muchos años, con humildad y con dignidad, «al servicio de este pueblo».

15 octubre 1982

Hablando se entiende la gente

Puede resultar sorprendente, pero es verdad: los documentos que siempre han cosechado una total unanimidad en nuestro partido han sido los relativos a la política lingüística. Nunca agradeceremos lo suficiente a compañeros como Marta Marta o Pepe González —por citar dos nombres significativos— la extraordinaria labor realizada para proponer a los socialistas de Catalunya una alternativa de política lingüística democrática perfectamente adaptada a la compleja situación lingüística en Catalunya. En nuestros actos públicos electorales la gente se expresa con perfecta cordialidad en la forma que le es propia. No hay ahí ni sombra de imposición por una u otra parte. Los trabajadores dan un perfecto ejemplo de convivencia y de respeto. Paradójicamente (o no tanto), tan sólo puedo recordar un acto electoral donde a dos de nuestros candidatos les fue imposible expresarse en catalán. Fue en 1979 y se trataba de un acto de explicación de nuestro programa económico ante un grupo patronal del Baix Llobregat. Creo que sólo en sectores muy minoritarios y excluyentes de Catalunya se dan actitudes coactivas de este tipo. Entre los trabajadores, entre la gente normal, se sabe y se practica aquello tan viejo y tan sabio de que hablando —en catalán o en castellano— se entiende la gente.

16 octubre 1982

Todos estaremos en el recuento

Ante las próximas elecciones tenemos un adversario a batir: la abstención. Este es un eje básico de nuestra campaña. No se trata de «rogar» a los abstencionistas que participen. Se trata de emplazar a todos los ciudadanos: Es falso que la abstención no cuente; es falso que un voto que se queda en casa no juega. Quien dice pasar, en realidad no pasa.

Un trabajador o una trabajadora, un chico o una chica joven que deciden abstenerse, en caso de votar no votarían nunca a la derecha, no votarían nunca a Fraga, Lavilla o Pujol. Votarían izquierda, votarían socialista. Por tanto, si este voto no va a las urnas, va a parar, por pasiva, directamente al bolsillo de la derecha. Este voto también estará en el recuento.

Hay que decirlo claramente. En estas elecciones, ante esta oportunidad de oro, la abstención es una insolidaridad con el resto de los trabajadores. Que se critique la acción de los socialistas, que se manifiesten discrepancias, pero no dejemos pasar esta oportunidad histórica. La responsabilidad ante la posibilidad del cambio nos atañe a todos y todos deberemos responder de nuestra actitud.

18 octubre 1982

¡Como en Francia mejor que mejor!

Me hace mucha gracia que la derecha de este país (CiU incluida) afirme, sin ningún rubor, que si los socialistas ganan las elecciones «acabaremos como en Francia». ¡María Santísima, qué felicidad! ¿Os imagináis?, tener aquí los salarios de Francia, las pensiones de Francia, el paro de Francia, la inflación de Francia. La inmensa mayoría ya firmaríamos ahora mismo. Por desgracia hemos de aguantar sueldos mucho más bajos, pensiones de miseria, el doble de paro y el doble de inflación. Desde estos magníficos resultados, la derecha española —y la catalana— se permite aún el lujo de dar lecciones a Europa. Pronto veremos como tratan de llevar a Francia su «estilo de hacer política».

«Anem per feina a París!» dirán. Y los franceses, agradecidos. (En conjunto hace pensar en el empapelador de Argentina que acabó creyendo que era el emperador de Argentina).

19 octubre 1982

Un golpe de efecto

Acaban de hacer público que el tercer candidato convergente en Girona es un antiguo director del periódico «Arriba España» de Olot e inspiradísimo autor, en su juventud, de una serie de artículos de entusiasta doctrina franquista. Me desagradan estos intentos de descalificación basados en la biografía juvenil de los contrincantes. Todo el mundo tiene derecho a cambiar y es satisfactorio que se cambie a mejor. Pero hay un aspecto de esta historia que me interesa más. Leo, en uno de los primeros artículos del candidato: «El eje sobre el cual da vueltas nuestra doctrina es la nación. Ha dicho José Antonio que la nación es una unidad de destino en lo universal... la nación es un ente que conserva su personalidad forjada con la lucha y la sangre a través de la historia. Ella es ante todo idea y voluntad, un estado colectivo y de conciencia, una fe, un alma, una razón de existencia».

Bien, sáquese la referencia al fundador, tradúzcase al catalán y será necesario reconocer una coherencia en los planteamientos, a través del túnel del tiempo, la misma fraseología vacía de un falso nacionalismo en donde las grandes palabras esconden la realidad.

20 octubre 1982

Mendes France, verdad y rigor

A media campaña nos llega la noticia, no por esperada menos triste, de la muerte de Pierre Mendes-France. El político de la veracidad y el rigor. Hombre de izquierda, hombre de Estado, protagonizó una dilatada historia política a lo largo de tres repúblicas. Socialista y patriota, resistente antinazi, ministro, jefe de Gobierno, excelente economista, se ganó a pulso una inmensa credibilidad, sobre la base de decir siempre la verdad, aunque ésta fuera poco agradable, y de plantear siempre la solución que estimaba correcta, aunque fuera difícil. En un mundo político tentado siempre por la facilidad, por la fraseología inconcreta y por la demagogia, la figura austera y sincera de Mendes representaba un contraste vivificante, que la opinión pública apreciaba en toda su magnitud moral. Un gran ejemplo.

21 octubre 1982

El día más largo

La campaña adquiere ahora, a una semana de distancia del día de las elecciones, un ritmo frenético. Vean ustedes. La cosa empieza a las 5 de la mañana en Mercabarna, repartiendo propaganda y dialogando con gente atareada, atenta y en ocasiones reservada. Se caldea luego en Sabadell, en un contacto con los trabajadores de «Unidad Hermética» y los vecinos de Torre Romeu, que afirman con entusiasmo su voluntad de voto socialista.

Se mantiene el clima de debate y reflexión en un almuerzo con representantes del mundo cultural de Sabadell. La tarde empieza con una asamblea de científicos e investigadores del CSIC, a los que exponemos nuestro programa de política científica y tecnológica. Minutos después, cambio de ambiente: entusiasmo en Santa Coloma donde, luego de una actuación de Joan Manuel Serrat, reafirmamos y se amplifica nuestro mensaje de cambio. Otra vez en el coche. Lluvia torrencial —recuerdo a los hermanos del País Valencià al lado de los cuales estamos en estos momentos trágicos—. Aún otra charla y una cena con compañeros de Sant Sadurní d'Anoia. Cuando escribo esto, de vuelta a Barcelona, ya es el viernes día 22: otro día que espera de nuestro esfuerzo con la esperanza y la certeza del trabajo que nos va acercando al cambio.

22 octubre 1982

Dos políticas ante la crisis

Uno se queda estupefacto cuando oye al primer candidato de CiU afirmar un día que es socialdemócrata para decir al siguiente que se considera mucho más próximo a Reagan o Margaret Thatcher que a Mitterrand. ¿En qué quedamos? Olof Palme (¿hay que recordar aquel tiempo pasado en el que Pujol hablaba del «modelo sueco?») ha recordado en una reciente entrevista en «Le Monde», que ante la crisis sólo caben dos políticas y dos actitudes. Y que su reelección como jefe del Gobierno se debe fundamentalmente al fracaso de una de ellas, en cuatro años de gestión de un Gobierno conservador. La actitud de la derecha (monetarista, neoliberal) —ha dicho Palme— se caracteriza por aceptar el paro como un hecho fatal e inmodificable y propiciar una situación de competencia salvaje que reduzca drásticamente el papel social del Estado y aumente las desigualdades entre los ciudadanos. La izquierda persigue, en cambio, la reindustrialización a partir de un esfuerzo concertado de innovación y de cambio que permita avanzar en una mejor igualdad social. ¿Socialdemócrata y partidario de «la dama de hierro»? ¡Es casi tan difícil como ser nacionalista catalán y recibir apoyo del Fomento!

23 octubre 1982

Juntos vencimos el frío

Contemplar cómo decenas de miles de hombres y mujeres aguantan más de seis horas a la intemperie, en un acto electoral de este octubre frío y lluvioso, es algo que impresiona de verdad. ¡Cuánta energía contenida, cuánta buena voluntad y cuántas esperanzas! A la salida del mitin de la monumental, un amigo me comenta: «No podemos defraudar a este pueblo». Y es verdad.

Nada sería peor que defraudar las esperanzas de esta multitud solidaria, entusiasta y sacrificada, que aguanta de pie y vence el frío con el calor de un fiel entusiasmo. Esta gente se merece lo mejor, y no deben faltarles la fidelidad y la entrega de quienes resulten elegidos en esta contienda electoral. Juntos hemos vencido el frío de esta noche de octubre. Juntos podemos conseguir muchas más cosas.

25 octubre 1982

Menos da una piedra

Empecé esta campaña electoral preguntado a CiU qué alternativa proponían para el Gobierno de España después de las elecciones. No respuestas inconcretas sobre el «estilo de hacer política», ni otras vaguedades, sino qué mayoría y qué jefe de Gobierno. Acaba esta campaña sin que CiU haya dado ninguna respuesta. A mí, la verdad, a estas alturas la cosa ha dejado de interesarme bastante, pero los electores de CiU se merecían un cierto respeto. El silencio convergente induce a pensar que detrás del «único rostro catalán que ensucia las paredes de Catalunya» asoma el poco grato perfil del señor Fraga Iribarne.

26 octubre 1982

Por la Catalunya de todos

Nacionalizar Catalunya

Catalunya no es la propiedad particular de nadie, ni de un partido, ni de una idea, ni de un grupo, ni de un hombre, ni de unas instituciones. Catalunya es tuya y es mía, y del otro y del de más allá. Catalunya, o es de todos o no es de nadie. O es de todos o no es.

Aquí hay un pueblo —un solo pueblo— de seis millones de hombres y mujeres que somos —todos— propietarios de una Catalunya *“pro-indiviso”*. Catalunya y este pueblo concreto —único, pero diverso, contradictorio, plural— son inseparables. Son una misma cosa.

Nadie tiene derecho a privatizar Catalunya. Incluso los no socialistas han de ser partidarios, por lo menos, de una nacionalización: la de Catalunya. Mantengámosla siempre nacionalizada. Mantengámosla de todos. Yo tengo una seismillonésima parte de la titularidad, como tú. Todos igual, ni más ni menos.

No caigamos en la trampa mortal de creer o de decir que Catalunya es de éstos y no de los otros. De creer o de decir que los «buenos catalanes» han de estar en estos partidos y no en los otros, que han de juzgar de esta manera y no de la otra, que han de pensar ésto y aquélllo y no otra cosa.

La Catalunya que hemos heredado no cayó jamás en esa trampa. En medio de luchas y contradicciones extremas, jamás cayó ni en procesos de pureza de sangre ni en tentativas de separación nacional. Que nadie lo consiga ahora. Porque ni mil recortes de Estatuto harían tanto daño a Catalunya como el éxito de estos procesos de escisión nacional, de anatémización «nacionalista», de descalificación «patriótica», que parecen aparecer hoy entre nosotros.

En Catalunya, como en todos los países, hay una derecha y una izquierda. Conviene no olvidarse de ello. En general, la derecha no sólo tiene un gran instinto de conservación, sino también mucha decisión y un gran pragmatismo. La izquierda se sabe poseedora de la razón y desde siempre se la ha atacado. Quizás por eso es más ingenua y más estoica. La derecha se mueve siempre con más rabia y con más desenvoltura. Tiene el instinto de conservación de los propios privilegios que tienen todos aquellos que saben que tienen privilegios que no les corresponden. Y cuando le interesa apropiarse de un lenguaje, de una idea o de una bandera, lo hace sin tapujos.

Cuando esta derecha se hace «nacionalista» es una desgracia. Detrás de esta «conversión» hay el intento de un gran engaño. Una parte (la derecha) trata por todos los medios de apropiarse de un todo (Catalunya). Además del dinero y del poder también quieren apropiarse de la patria. Es el peor y el más injusto de los privilegios.

Quienes se dicen nacionalistas y son de izquierda han de estar atentos para no colaborar en este enorme, monumental, engaño. El que querría poner en el mismo cesto —con un cartel que dijera «buenos catalanes»— a oligarcas y a trabajadores, miembros de la Trilateral y ecologistas, ex-«niños Diagonal» tras pasados al partido del gobierno y viejos nacionalistas de las prisiones de los años cuarenta. El gran engaño que querría expulsar del tronco común a una

izquierda anatematizada por quien sabe cuántos pecados de «lesa patria». El que querría crear un «bloque nacionalista», hegemonizado por la derecha y enfrentado a una izquierda vituperada como «enemigo interior».

Sería un auténtico desastre nacional que esta «unión sagrada» llegase a cuajar, porque llevaría a la división del país y a la privatización de Catalunya. Nacionalistas: no déis a la derecha de Catalunya las ayudas que busca para dividirnos y para perpetuar su presencia estéril. No sólo porque es la derecha. También porque es una derecha exasperada y decadente. ¡Si al menos fuera la de principios de siglo! Aquella derecha tenía sus proyectos y sus ambiciones. La de hoy, que a menudo se queja del «absentismo laboral» de sus asalariados, padece el más irreversible y crónico absentismo creativo: ninguna idea, ninguna verdad, ningún éxito, ningún optimismo, ninguna esperanza. Es la derecha del paro y la mediocridad.

Catalunya no es un mito. Está hecha de gente viva, de carne y hueso, con nombre y apellidos. Toda esta gente que hemos recibido la Catalunya del ayer, hacemos la de hoy, y contribuimos a hacer la que mañana será de nuestro hijos. Hagámoslo bien, lo mejor que sepamos. Tratemos de hacer de ella, si puede ser, nuestra obra maestra. Pero de todos.

Avui
Noviembre 1981

Es necesario un debate sobre política cultural

Unas breves, modestas y correctas declaraciones efectuadas por nosotros a un buen profesional de la Agencia Europa-Press, en las que valorábamos, desde la óptica socialista, la política cultural y lingüística que trata de llevar a cabo el gobierno del señor Pujol, han levantado una pequeña tempestad. No era esta nuestra intención. Aina Moll, directora de política lingüística del gobierno Pujol, replicó a nuestras declaraciones proponiendo un debate público sobre la cuestión. Los socialistas hemos aceptado este debate que —como señalaba el delantal del Brusí ayer— puede y ha de ser «un debate esclarecedor». Hemos añadido que sería necesario que en este debate estuvieran presentes los responsables *políticos* de la gestión que el gobierno Pujol lleva a cabo en el terreno cultural y lingüístico, es decir, el propio presidente de la Generalitat o, en todo caso, el consejero de Cultura, señor Max Cahner i García. Veremos si aceptarán este encuentro y este debate, o si bien se escabullirán del mismo, porque consideran más cómodo continuar haciendo servir el puchero de la campaña contra la concertación autonómica.

La cuestión que los socialistas hemos planteado es, en efecto, una cuestión política, y de la máxima importancia. Se trata de dilucidar si tiene sentido o no que se pretenda llevar adelante una campaña de «normalización lingüística» sin plantear prioritariamente, y de una manera clara y contundente, la cuestión del desbarajuste, los déficits y el escándalo de unas infraestructuras culturales inexistentes o deficitarias hasta extremos tercermundistas. Una verdadera normalización cultural y lingüística, sobretudo en las zonas de población obrera, no puede pasar por los enfrentamientos actuales. Que unos centenares

de personas se apunten a las clases de catalán organizadas por los Ayuntamientos —con mayoría socialista en muchos casos— y por la Generalitat, es satisfactorio. Pero de ninguna manera es suficiente ni efectivo. La normalización cultural y lingüística ha de llegar a amplios sectores de la población a través de una dinámica cultural extensa e intensa. En el momento presente, los ayuntamientos de las zonas urbanas y suburbanas, chocan siempre con un abismo infranqueable: la falta prácticamente absoluta de equipamientos culturales (por ejemplo de locales para la programación de teatro, música o cine, «casals» de cultura, bibliotecas, centros de «esplai», etc.). Y es necesario, de una vez por todas, que el gobierno Pujol tome conciencia de este hecho. Que ponga en marcha con urgencia, una política de convenios con los municipios populares —especialmente los del «cinturón» que se encuentran en una situación angustiosa en este campo, como en tantos otros— para la creación de infraestructuras culturales. Que ponga en marcha de una vez una política de concertación de actuaciones en proyectos de interés socio-cultural. No hacer eso no es sino una manera acomodaticia e infantil de esconder los problemas.

Las campañas de normalización lingüística —en la que participan tan decisivamente ayuntamientos gobernados por los socialistas— han de ser uno de los ejes de una política cultural más amplia y globalmente coherente, que apunte de verdad a hacer de Catalunya un solo pueblo, culturalmente avanzado, tolerante y respetuoso, plural y rico en la diversidad de sus expresiones y capacidades, sin imposiciones ni discriminaciones de ningún tipo.

Mientras la campaña de normalización lingüística, según reconoce Aina Moll, encuentra un eco positivo y una franca voluntad de colaboración en los municipios de izquierda, por lo que respecta a la potenciación de la enseñanza en catalán, se observa una situación inversa que llega a ser escandalosa e injusta. Los ayuntamientos no encuentran en la Conselleria de Cultura la voluntad de colaboración que haría posible coordinar esfuerzos para salir del tercermundismo cultural que padecemos. Y no sólo eso: a menudo los ayuntamientos con gobiernos socialistas o de izquierdas topan con interferencias y obstáculos inaceptables, marcados frecuentemente por cálculos electoralistas. Estos ayuntamientos han reclamado reiteradamente el establecimiento de una colaboración que permita poner en marcha, a lo largo y ancho de Catalunya, una verdadera labor de normalización y de progreso cultural. Existe una propuesta escrita en este sentido, elaborada por un amplio y representativo conjunto de concejales de cultura, con el título de «Por un marco de colaboración en la política cultural», que avanza propuestas concretas. La respuesta de la Consejería ha sido por ahora el más absoluto de los silencios.

Es sobre estas y otras cuestiones que queremos debatir, con claridad y sin estridencias, con el señor Max Cahner. Esperemos que sea posible.

Diario de Barcelona
Febrero de 1982

Una crida con minúscula

En estos primeros años del nuevo autogobierno catalán, una vez restablecidas nuestras Instituciones Nacionales, habría sido muy positivo que se

desarrollase un amplio movimiento, plural, entusiasta, sensato e integrador, que potenciase la gran labor que nuestro país debe hacer para enderezar y normalizar su situación cultural y lingüística. No es necesario ser pesimista para constatar, simplemente, que hasta ahora, el balance es pobre y problemático. En un momento determinado, se pensó que la «Crida per la Solidaritat» podría llegar a llenar este vacío, si se insertaba en lo que es hoy realmente Catalunya y se desprendía de todo radicalismo verbal y de toda tentación hacia la gesticulación y el partidismo. Desgraciadamente, su evolución ha ido tomando un cariz diametralmente opuesto a este objetivo de contribuir a hacer viable la eclosión, cordial y sin tensiones, de la lengua y la cultura en la nueva Catalunya autónoma. Lejos de ser un terreno abierto y tolerante que facilitase el encuentro y la acción de todos los interesados en la potenciación de la lengua, la cultura y nuestra personalidad nacional, la «Crida» ha ido convirtiéndose en una plataforma de agitación permanente, ha tomado partido en las cuestiones más discutidas y más polémicas, ha acentuado unos planteamientos de un radicalismo atolondrado y minoritario, y se ha caracterizado por una creciente intolerancia hacia sectores de opinión que, como el socialista, agrupan un gran número de ciudadanos de Catalunya. La última iniciativa de la «Crida» ha sido, en este sentido, plenamente aleccionadora. La convocatoria de una manifestación el Día de Sant Jordi, pidiendo la dimisión de Feo y la «plena soberanía nacional dels Països Catalans», en plena campaña electoral, era de una imprudencia tan espectacularmente notoria, que sólo podría explicarse pensando que aquello que se quería era tirar más leña al fuego de la polémica partidista y electoral. Si no era así, el más elemental sentido común hubiera hecho prever a los organizadores que una manifestación en tal contexto comportaría inevitablemente toda clase de especulaciones electoralistas, desbordamientos maximalistas y riesgos de violencia. No nos satisface nada constatar que esta previsión se ha visto confirmada por las incalificables agresiones contra militantes socialistas.

¿Es ilusorio pretender que estamos aún a tiempo de encauzar las cosas? La defensa de la lengua, de la cultura y de la nación no puede hacerse mediante planteamientos que dividen a un pueblo y que se oponen a las posiciones expresadas por este pueblo, un pueblo que mayoritariamente votó una Constitución y que, mayoritariamente también, se ha dado un concreto Estatuto de Autonomía. El camino de la gesticulación, el victicismo, el enfrentamiento sistemático y la división podrían llevarnos a una situación lamentable.

Que conste que no planteo, ahora y aquí, el tema de una violencia física que nos consta que una inmensa mayoría de los ciudadanos de Catalunya —también los de la «Crida»— rechazan enérgicamente. Lo que más me preocupa es otra cosa: cómo encontrar entre todos el camino constructivo, responsable y respetuoso, de una recuperación cultural y lingüística por donde puedan circular cordialmente todos los ciudadanos de esta tierra. Y cuando digo *todos*, quiero decir exactamente eso: el millón y medio que votó socialistas el pasado octubre, los ochocientos mil que votaron Convergència, y todos los otros. Por favor, no hagamos de la lengua, la cultura y la nación un arma de combate de unos contra otros, sino los elementos de base para el mantenimiento de una unidad del pueblo y de una convivencia civil y democrática que nos son vitales si queremos, de verdad, que la nueva Catalunya autónoma vaya adelante.

Avui
Abril 1983

Por la paz

Hay que movilizarse por la paz

En Roma, París, Londres, Bonn, Bruselas, Estocolmo y otras ciudades de Europa, un total de varios millones de personas de todas las condiciones y opiniones se han manifestado en las pasadas semanas por la paz y el desarme, y contra la carrera de armamentos. El próximo domingo, día 15, en Madrid y otras capitales europeas, este movimiento va a proseguir, con nuevas manifestaciones que sin duda revestirán también un carácter imponente.

Lo que mueve a tantos hombres y mujeres a salir a la calle ha sido expuesto de manera breve y clara en el llamamiento a la manifestación de Madrid: *"Cada minuto, los Estados se gastan 96 millones de pesetas en armamento. Diariamente mueren 42 mil personas de hambre en el mundo. Las 60 mil armas nucleares almacenadas equivalen a un millón quinientos mil Hiroshimas. Europa ha sido cogida como escenario para una guerra nuclear limitada"*.

Las declaraciones del Presidente Reagan y del Secretario de Estado Haig, planteando la posibilidad de un conflicto nuclear limitado al espacio europeo o la explosión «demostrativa» de un arma atómica en Europa en el caso de invasión soviética, a pesar de las rectificaciones posteriores y las denegaciones del Secretario de Defensa Weinberger, han contribuido a confirmar la certeza, en la opinión pública europea, de que la OTAN es una ficción en tanto que alianza de países soberanos, y de que, de hecho, la integridad de la estrategia militar occidental está en manos de las decisiones estadounidenses. Para quienes vivimos en el viejo continente, la hipótesis de una *"respuesta flexible"* de la OTAN a un ataque soviético, que podría destruirnos totalmente, pero preservando a la población de los Estados Unidos, es un mal consuelo. De ahí la creciente movilización por la distensión y la Paz en Europa.

Conviene detenerse, sin embargo, a considerar con atención el carácter políticamente nuevo que toman estas multitudinarias manifestaciones europeas. Bettino Craxi, Secretario del Partido Socialista Italiano, ha recordado hace pocos días que *"en la década de los cincuenta, los llamados movimientos por la paz eran, en realidad, movimientos a favor de la Unión Soviética"*. ¿Sucede ahora lo mismo? Craxi lo niega con rotundidad y afirma que el movimiento actual se dirige también, muy precisamente, contra la amenaza que para Europa significa el Pacto de Varsovia. Es obvio que los dirigentes soviéticos tratan de pintar el movimiento europeo por la paz como algo que les es favorable. Y coinciden con las derechas más reaccionarias, que hacen también análoga valoración. Pero esto ya no engaña hoy a nadie. En Roma, en Londres, en otras ciudades, los manifestantes han desfilado ante la Embajada Soviética. Y la

protesta contra la expansión de los cohetes SS-20 soviéticos, que apuntan a Europa occidental, han marcado el carácter de las manifestaciones europeas.

El episodio tragicómico del submarino soviético encallado en aguas territoriales suecas, a pocas millas de una base militar, y las revelaciones del gobierno de Estocolmo sobre las significativas radiaciones del Uranio 238 procedentes de la quilla de la nave, han catalizado el movimiento por la paz en Suecia —como expresó contundentemente Olof Palme en su alocución a los manifestantes de Estocolmo— contra la amenaza soviética y el desprecio que la URSS ha mostrado del derecho internacional y de la soberanía y neutralidad histórica de Suecia. Ahora bien: esta reacción ha repercutido internacionalmente y se ha extendido clamorosamente a Noruega, Dinamarca, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda. En todos estos países, el sentido general de la movilización popular se ha dirigido equitativamente contra la orientación de la política norteamericana y contra la multiplicación de los cohetes nucleares soviéticos y las orientaciones militaristas y expansionistas que se manifiestan en la URSS.

Paralelamente a esta espectacular eclosión de manifestaciones que, como ha señalado el diario «Le Monde», *“tienen un carácter histórico, no sólo por su amplitud, sino también por el testimonio de la evolución de la opinión pública al respecto”*, se produce un amplio debate, con tomas de posición de los distintos sectores que confluyen en las acciones por la paz en Europa.

Lo importante a destacar en este debate es que las posiciones de aquellos que defienden una política de distensión y de desarme general equilibrado se hacen sentir con más fuerza y con más poder de convicción que aquellas que sustentan la hipótesis de un desarme unilateral. Frente a éstos, se insiste en que una política de desarme unilateral puede agravar el riesgo de guerra al dar alas a una de las superpotencias; que el desarrollo del movimiento por la paz, para ganar eficacia, debe tener un impacto en las poblaciones de la Europa Oriental, y que debe insistir, por lo tanto, de manera inequívoca, en un planteamiento de negociación y de reciprocidad en el desarme.

El consenso de los pueblos y de los gobiernos de Europa alrededor de estas posiciones es amplísimo. Prácticamente todos los gobiernos consideran hoy deseable una situación de erradicación total de Europa —desde el Atlántico hasta los Urales— de las armas nucleares, y de sus correspondientes vectores. Esta *“opción cero”* es hoy el objetivo europeo. Ninguna de las superpotencias se ha mostrado explícitamente contraria a una negociación de este tipo. El momento actual está caracterizado no sólo por la gravedad de la situación, sino también por la posibilidad real de avanzar de nuevo en el camino de la distensión. Hay que imponer una reanudación del diálogo soviético-norteamericano que resuelva la crisis de los misiles y asegure la desnuclearización de Europa. De ahí la gran importancia de las movilizaciones en curso. Europa occidental tiene una gran carta a jugar por la paz. No sólo sus cancillerías. También sus pueblos. Y en eso estamos.

Noticiero Universal
Noviembre 1981

Cuando los socialistas hacemos volar palomas

No vamos a discutir cifras. El día 6, en el Pla de la Pau, había muchísima gente. Y más habría habido si las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda estuvieran —estuviésemos— a la altura de la responsabilidad y la importancia de los momentos que estamos viviendo, es decir, anteponiendo la voluntad de cohesión, de acción y de optimismo a las querellas y el desánimo.

Y más habría habido si no fuera por el señor gobernador que tuvo la ocurrencia de prohibir los actos del día anterior, sembrando una innecesaria inquietud. Y más habría habido sin unas detenciones previas igualmente innecesarias. Señor gobernador: dos o tres banderas republicanas en medio de un mar de pancartas y banderas de otro tipo, ¿son realmente un motivo serio de preocupación? ¿no cree que con estas detenciones lo que se consigue es que la próxima vez hayan más?

Pero, en fin, muchísima gente a pesar de todo y a pesar de algún periódico. Y ¿por qué no decirlo? Una presencia extraordinaria de los socialistas, un extraordinario esfuerzo de organización y de movilización del partido. Nos criticamos tan a menudo a nosotros mismos que, por una vez al menos, deberíamos felicitarnos mutuamente sin complejos.

Cada uno vivió su jornada, en un ambiente solidario y alegre, con multitud de anécdotas y emociones. Vimos cosas nuevas: ni el miting tradicional, ni el típico recital de canciones. No hace falta explicarlo: estábamos todos. Vimos un intento importante e imaginativo de creación de un nuevo tipo de gran concentración de masas. Fue una tentativa sólo en parte lograda con éxito y, por tanto, mejorable. Con cosas por corregir, desde un ritmo aún no excesivamente ágil, a pesar del impresionante papel de Rosa Maria Sardà y Adrià Gual, hasta una sonorización difícil que acumuló demasiado a los asistentes alrededor del escenario. Pero debemos dar a todos los compañeros que han imaginado y hecho posible este acto una cordial felicitación y un «adelante» entusiasta. A todos ellos, y desde una perspectiva no básicamente estética o sentimental, sino de *realismo político*, deberíamos decirles que para el socialismo los elementos de creación e imaginación, lejos de ser cuestiones de segunda fila, son rasgos vitales y fundamentales. Son elementos esenciales de nuestro combate sin los que éste perdería todo su sentido, porque se reduciría a una triste y pequeña historia de luchas por un poder pequeño y triste. Y debemos ser más ambiciosos.

En mayo del 68 se popularizó un eslogan discutible: *“La imaginación al poder”*. No se trata de eso, sino de algo más importante. Me lo ha dicho un amigo con una frase de resonancias casi bíblicas: *“el día en que la imaginación estalle entre los hombres, dimitirán de una vez todos los dioses y los caciques se esconderán bajo las piedras”*. Creo que tiene razón. Por eso cuando los políticos de derechas y las personas de derechas (que no son exactamente lo mismo) hacen una risita de conejo y nos consideran inofensivos porque hacemos volar palomas, yo pienso en mi fuero interno que son unos ingenuos.

Quien avisa no es traidor: esto del día 6 es sólo el principio. Que no pare.

L'Opinió Socialista
Diciembre 1981

El «Telele»

En Barcelona, el 6 de diciembre, pasaron miles de cosas. Como cada día. Cosas vulgares, cotidianas. Algunas originales. Y unas pocas trascendentes, interesantes y noticiables.

Cosas que he visto: el monumento de paseo de Gracia-Diagonal envuelto de blanco. El lápiz y la base, empaquetados con rigor. La estatua vendada como *Mortadelo* después de un típico accidente total. Como una momia o un *lázaro* en fase prerresurreccional. Todo blanco, inmaculado.

La erupción de un sarpullido blanco por la ciudad. Y en cada mancha blanca, una inscripción: *Pau i Llibertat*. Y una gran cantidad de gente reunida en una gran plaza. Gente que quería dejar huella de su peregrinaje bautizando el lugar, con denominación vacante por cierre de un matadero, con el nombre de *Pla de la Pau*. Los organizadores hablan de un cuarto de millón de personas. Yo creo que eran algo menos. Pongamos 200.000. En fin, que de 175.000 no bajo.

Cincuenta políticos y personas de valor reconocido por el pueblo raso, con la gente y como la gente. Guardando las espaldas del pueblo, de pie y en silencio. Escuchando palabras sencillas y concretas, pronunciadas por una chica y un hombre mayor que cojeaba un poco. Unos veinte cantantes, de lo mejor del país, cantando a la paz y a la libertad, sin protagonismos, unidos por todo lo alto. Una brillante exposición de humanidad: otorgaron al público el privilegio de ver salpicadas sus interpretaciones con errores y nervios. Aquel día enviaron al acto a la persona y dejaron durmiendo el personaje. Cantaron como niños, tímidamente, con la gente, el *volem pa amb oli*. Hay que agradecerse.

Quince violoncelos y un gran maestro al frente, *Lluís Claret*, interpretando aquello que *Pau Casals* tocó tantas veces ante gente tan diversa: el incorregible *Cant dels Ocells* que de nuevo incomodó a más de uno con el rollo de la inútil, pero, a pesar de ello, incontenible lágrima. Vi saltar muchas. Vi a las sociedades colombófilas dando la sacudida.

Vi un trapo de treinta metros de alto por veinte de ancho, hinchado de orgullo, fúnebre y negro, cogido y llevado al viento por dos pinzas enormes, de acero. Un estandarte mortal, enseñando unas uñas disfrazadas de misiles atómicos. Era un trapo de miedo y se lo han cargado, delante de todo el mundo, que aplaudía.

Bueno, pues eso. He visto siete cosas, todas insólitas y que tienen su interés. Pues fijaos bien. Llego a casa y como que las siete cosas me han gustado, conecto la TV, con el gesto y la actitud de quien hace un descortado, y en aquel momento en que pone: *Noticias*. Me pongo a tiro, a pecho descubierta y mirando al frente, con más moral que el Alcoyano. Voy a verlo otra vez y en colores. Será bonito. Y a ver qué dirán. ¿Les habrá gustado a los señores?

Bueno, pues eso. Que se acaban las noticias y aquí no ha pasado nada. Me he quedado tan parado que casi me asfixio, y eso que estaba con la espita

abierta. Por suerte, he reaccionado a tiempo. He arrancado el cable y he cogido mi *Bic* de 15 pelas. A mí me gusta la gente, y ayudar al que no sabe. Y nadie será capaz de evitar que ayude a estos señores de Televisión. Seguro que son buena gente, y les hacemos un favor diciéndoles estas cosas.

Lo primero que hay que hacer es ver qué puede haber sucedido. O se enteraron, o no se enteraron. Los diagnósticos, en cada caso, son bastante automáticos. El resultado del chequeo es sencillo. Las radiografías cantan por sí solas. Podemos ver dónde está el problema y dónde la solución.

En el caso de que no se hayan enterado, es muy duro de decir, pero es mi obligación hacerlo. Si no se enteraron ni de una sola de las siete cosas que yo he visto, la Televisión soy yo y no ustedes.

Si se enteraron, entonces, señores, la cosa cambia. Esto merece un respeto. Se trata de un acto sumamente creativo. La brillante transformación de la Televisión en el *Telele*. Aquí no hay nada que hacer. Esto es incurable. Disfruten todo lo que puedan, pero no se hagan ilusiones: la insensibilidad no se cura. Los demás ya haremos como siempre, lo que podamos.

Porque no podemos pensar que este *Telele* puede tener alguna relación con los hombres que han hecho posible estas cosas pasadas en silencio. Allí había uno, cuyo sentido de la responsabilidad raya en el escrúpulo, de quien se dijo, en las últimas elecciones, que era un candidato con miedo a ganar, enfrentado a otro que lo que tenía era miedo a perder. Sería triste y desesperanzador que el *Telele* se debiera a que ahora fueran los otros los que tuvieran miedo a que ganara. Lo que faltaba. Pero si esto del socialismo tampoco es para tanto. O dicho de otra manera: quien pretende hacer el silencio sobre lo que sucede, en realidad hace el ridículo. Y lo hacen: ahí tenemos el *Telele*.

El Periódico
Diciembre 1981

Temas de partido

El fantasma de Bad Godesberg

Dos afirmaciones que ahora se prodigan, a raíz del debate socialista que surgió del peculiar desarrollo del XXVIII congreso federal del PSOE (mayo 1979), consisten en señalar: 1) que nos hallamos en vísperas de un «Bad Godesberg a la española», y 2) que la discusión entre los socialistas reviste el carácter de una confrontación bipolar y cerrada entre dos sectores más o menos homogéneos: el de los «moderados» y el de los «radicales».

Creo que, como siempre suele suceder, la realidad es más compleja, y desde luego *bastante más interesante* que la imagen que pueda desprenderse de este tipo de afirmaciones esquemáticas.

Se cumple ahora, precisamente, el vigésimo aniversario de aquel congreso de Bad Godesberg en el que el SPD (*Sozialdemokratische Partei Deutschland*, partido socialdemócrata de Alemania), operó una radical reforma, teórica y programática, culminando un proceso de transformación hacia unos contenidos y una política exentos prácticamente de toda componente socialista. El «partido modelo», núcleo dinámico y fuente de inspiración del socialismo internacional en los albores del siglo, el envidiado instrumento de «un entusiasmo consciente de sus fines» (Labriola), el partido de Marx y Engels, de Bebel, Liebknecht, Kautsky y tantos otros, se transmutaba en una organización inspirada en «la ética cristiana, el humanismo y la filosofía clásica», defensora de «la libre competencia y la libre iniciativa del empresario» y de la «la propiedad privada de los medios de producción».

Veinte años después, Bad Godesberg y el proceso que lo hizo posible siguen siendo el más claro paradigma de un proceso de autoeliminación socialista, y el estudio de la *historia interna* de la evolución de la socialdemocracia alemana en el período 1945-1959 mantiene un excepcional interés si se quiere comprender algo de los mecanismos políticos y organizativos que se desarrollan como procesos inmanentes de «deriva hacia la derecha» en el seno de los grandes partidos obreros. Hay que tener en cuenta que las circunstancias externas que condicionaron la evolución del SPD desde el fin de la segunda guerra mundial hasta Bad Godesberg revistieron una fuerza excepcionalmente condicionante. Sin duda, la división de Alemania y el brutal contramodelo que en todo momento significó el curso de las cosas en la zona de ocupación soviética, el estalinismo y la guerra fría, el «milagro» neocapitalista durante los años del tándem Adenauer-Erhard, y el enorme peso americano (que imponía en la Alemania occidental lo que Bevin, en la Inglaterra de 1949, denominaba sin tapujos la *resolute acceptance of American leadership*) fueron causas muy drásticamente determinantes del abandono del socialismo por el SPD. Ahora bien: fue precisamente la brutalidad extrema de estas presiones exteriores lo que hizo posible que los mecanismos internos, de carácter político-organizativo, de «deriva a la derecha», pudieran jugar de un modo tan amplio y decisivo. Si esto es así, el estudio de esta historia interna — como la de todos los grandes partidos

obreros— y su teorización, resultan decisivos y no deja de ser sorprendente el escaso desarrollo que tal tipo de análisis político-organizativo ha tenido y sigue teniendo en el campo de la izquierda. Leer, por ejemplo, las vaguedades que un Althusser genera al tratar de describir la lógica política y organizativa interna del actual PCF, sesenta y cinco años después de la publicación en Francia de la obra de R. Michels, no deja de ser bastante desalentador.

Pero lo que aquí y ahora suele afirmarse, desde distintos ángulos, a propósito de la evolución del PSOE, evoca una especie de programación preconcebida y conspirativa, a desarrollar por etapas (de las que el «abandono del marxismo» sería un primer elemento desencadenante) y desde un centro dirigente, hacia una revisión definitiva de los principios y objetivos del partido socialista en España, sobre la base del «ejemplo alemán» (es decir, aceptación sin reservas de la inmutabilidad esencial y el carácter benéfico de las estructuras de propiedad, dominación y desarrollo del capitalismo, renuncia explícita e inequívoca a la lucha de clases y a toda crítica no epidérmica del orden social existente, abandono de toda perspectiva anticapitalista o socialista). Se comete aquí, a mi juicio, un cierto tipo de simplificación idealista, que corre el riesgo de desorientar profundamente el combate real a llevar a cabo contra las tendencias inmanentes, objetivas, hacia la integración y la institucionalización derechista que se ponen de manifiesto en toda gran organización obrera en períodos como el que estamos viviendo actualmente en España. En el fondo de esta simplificación idealista se halla, en mi opinión, la influencia, soterrada pero latente aún, de ciertos análisis del Lenin de 1916. Como es conocido, en su obra «El imperialismo, fase superior del capitalismo», Lenin trató de explicar, según un esquema brutalmente lineal, lo que a su juicio eran los «fundamentos económicos» y las «bases estructurales» de la socialdemocracia. En síntesis, en una fase que él estimaba «preagónica» para el capitalismo, Lenin afirmó que las metrópolis del imperialismo utilizaban, para retrasar la revolución, una parte alicuota de los gigantescos sobrebeneficios obtenidos por la explotación imperialista, con el fin de corromper a una parte de la clase obrera metropolitana. Para Lenin, el socialismo no bolchevique no forma parte del movimiento obrero: es un agente de la burguesía, la penetración del enemigo de clase en el interior del movimiento obrero. Lucio Colletti ha señalado acertadamente la perfecta congruencia entre ese análisis lineal de un leninismo al que es radicalmente extraña la concepción de un movimiento obrero articulado en una pluralidad de líneas y de partidos, y las resoluciones del VI Congreso de la Internacional comunista sobre el «socialfascismo»: en efecto, si los dirigentes socialistas lo que hacen es dirigir un destacamento de la burguesía dentro del movimiento obrero, es evidente que en la época en la que las burguesías europeas se pasan al fascismo, los dirigentes socialistas no pueden ser otra cosa que «socialfascistas». No me interesa ahora la crítica de esta «teoría» leninista ni los nefastos efectos que a mi juicio tuvo para el desarrollo de las luchas antifascistas del movimiento obrero europeo. Lo que me interesa es señalar la perduración soterrada, muchas veces inconsciente, raras veces expresada de forma netamente explícita, pero a menudo subyacente en muchos análisis, de esta vieja concepción según la cual los grupos dirigentes de los partidos socialistas son agentes conscientes de una política burguesa, contraria a los intereses de clase de los trabajadores. Y si me interesa señalarlo es porque creo que el desarrollo de una perspectiva, plausible y perfectamente posible, para la izquierda socialista en España, pasa en primer término por desembarazarse de esquemas idealistas de esta índole. La lucha contra una

dirección hipotéticamente claudicante, la enfática y reiterativa afirmación de los grandes principios, la mera crispación de la voluntad, son caminos que no conducen absolutamente a ninguna parte, como no sea a simples cambios de personal en el seno del grupo dirigente, en función no de proyectos políticos alternativos, sino de mayor o menor virulencia semántica utilizada.

LOS FALSOS COMBATES EN LOS PARTIDOS SOCIALISTAS

Y no es malo recordar aquí que han abundado a menudo *falsos combates* de este tenor en los partidos socialistas. En Francia, por ejemplo, y en virtud de criterios de «pureza marxista», Jaurès se halló siempre a la derecha de Guesde. El primero fue asesinado en 1914 por su defensa intransigente de la paz y del internacionalismo proletario, mientras que el «marxista» Guesde votaba los créditos de guerra y era ministro de un gobierno de «Unión Sagrada». Paul Faure, que en los años treinta hizo la crítica «marxista» de Leon Blum, acabó dando el voto de confianza a Pétain, en tanto que Blum se oponía al mismo y acababa en un campo de concentración nazi. En la postguerra, Guy Mollet desbancó a Blum y a Daniel Mayer de la dirección de la SFIO en nombre del marxismo y del partido de clase «puro y duro». Fue ministro durante la expedición imperialista franco-británica a Suez y durante la guerra colonialista en Argelia... También aquí Bad Godesberg y el proceso que lo hizo posible pueden servir de ejemplo sobre lo que *no debería hacer* la izquierda socialista. Contrariamente a lo que suele ser una creencia habitual, el proceso de reorganización política y sindical de los trabajadores en la Alemania de la postguerra se caracterizó por la vitalidad inicial de una amplia corriente de desarrollo del proyecto socialista, que se insertó en un marco condicionado por una correlación de fuerzas muy hostil. (El símbolo de esta situación inicial podría ser la prohibición de la revista socialista *Der Ruf*, orientada en el plano teórico a «evitar una renovada victoria del oportunismo», clausurada por el mando americano... a petición de las autoridades soviéticas de ocupación). En todo caso, el proceso de reconstrucción de la organización socialdemócrata, a partir de la conferencia de Wennigsen, en 1945, se basa no sólo en el rechazo enérgico a toda identificación con los estalinistas sino también en la adopción de una perspectiva de «realización concreta del socialismo» («la tarea del momento presente es el socialismo» afirma Kurt Schumacher en su informe en Wennigsen), sobre la base de «la socialización inmediata de la minería, la industria pesada, la energía, los transportes, los seguros y la banca, y una intervención económica democrática en las demás ramas de la economía, con una dirección planificada según las necesidades de la población, como preparación para su socialización futura» («Principios del programa económico», Conferencia de Wennigsen, 1945). Los congresos del SPD de Hannover (1946) y Nuremberg (1947) confirman esta orientación «intransigente». Los análisis socialdemócratas de la época partían de la constatación de que el Reich nazi había sido el resultado de una decisión del capital financiero alemán para evitar «las consecuencias socialistas de la democracia». En la medida en que el socialismo es libertad, es la democracia real, las instituciones democráticas se hallan, en el capitalismo —especialmente en época de crisis— en peligro permanente. Por ello, en el nuevo marco postfascista, la tarea fundamental era asentar las bases estructurales para impedir un ulterior proceso de involución antidemocrática: destruir la posibilidad de recuperación de fuerzas por parte del capital financiero procediendo de inmediato a la socialización, a través de for-

mas directas, de los medios de producción, en un marco de libertades que evitase «el socialismo de cuartel y no democrático». En aquellos momentos la necesidad de una transformación socialista de la sociedad alemana era bastante ampliamente aceptada. En un marco de miseria y de destrucción, la opinión popular hacia responsable de la catástrofe a los grupos oligárquicos que con su apoyo a Hitler habían llevado el país a la barbarie y a la guerra. La constatación de las responsabilidades esenciales del capital financiero en la aventura nazi hacia incluso batirse en retirada al propio partido de la burguesía. Así, en el programa de Ahlen de la CDU (democracia cristiana) puede leerse: «El sistema económico capitalista no ha podido recoger los intereses vitales, políticos y sociales del pueblo alemán».

En este contexto, marcado por importantes dificultades pero también por amplias posibilidades de desarrollo, la izquierda del SPD, o su sector marxista, cometió una serie de *graves errores políticos*. En primer lugar, los economistas de izquierda, de formación kautskiana, desarrollan ampliamente la tesis según la cual sobre la base de las relaciones capitalistas de producción será imposible un auténtico desarrollo económico, lo cual justificaba, una vez más, la tranquila espera, la pasividad político-práctica, con la expectativa gratuita de las consecuencias electoralmente favorables de una catástrofe económica que llevaría a la izquierda al poder. Nolting es el ejemplo característico de este sector de economistas radicales que erró espectacularmente sus previsiones, con graves consecuencias en el campo político. En segundo lugar, el proceso de reconstrucción organizativa se realiza, en sus líneas generales, sobre la base de las viejas tradiciones, entre las que primaba el peso decisivo del funcionariado del partido. Schumacher tuvo la intuición de que era necesario romper con el «arcaísmo» de la vieja organización, de abrir las fronteras de la «contrasociedad» obrera y avanzar hacia una creciente inserción en la vida social y política del país, capaz de atraer hacia las posiciones del movimiento obrero y socialista a las capas medias y a los sectores profesionales. Pero la vía escogida, consistente en colocar en primer plano del combate político la cuestión de la reunificación alemana —en un periodo en el que tal consigna era rigurosamente infactible— hizo que a la larga, después de diversas frustraciones electorales, creciera con fuerza en el interior del grupo dirigente del partido la tendencia a presentarse no como un partido de obreros, sino como un partido popular, entendiéndose esto como una contraposición, como un abandono de las perspectivas de clase, y no —como había intuido Schumacher— en la perspectiva de una unidad dialéctica, en la que el partido de clase se abre e incorpora a aquellas capas intermedias que no disponiendo de una autoconsciencia social clara pueden bascular hacia uno u otro de los campos de la lucha de clases.

Esos errores iniciales, en el plano de las previsiones a medio plazo, del tipo de desarrollo organizativo, y en el terreno de la política democrática y nacional, colocaron a la izquierda del partido en una situación de subalternidad permanente, en un círculo vicioso de combates de retaguardia, de escaramuzas fraccionales, en tanto que el peso mayoritario iba siendo ganado por los sectores de la derecha que, a la par de la crítica de los errores de sus oponentes, podían presentar el pragmático balance de la creciente correlación entre «abandono de posiciones de izquierda» y «progresos electorales». Frente a esto, las invocaciones al pasado, a los principios y a la pureza doctrinal tenían, lógicamente, un peso poco relevante.

NO TIENE SENTIDO PLANTEARSE UN DEBATE DOCTRINAL Y NO POLÍTICO

Si hay una lección a sacar de este proceso, desde el punto de vista de una izquierda socialista que hoy comienza a germinar de nuevo en España, ésta es, desde mi punto de vista, que tiene muy escaso sentido el plantearse un debate doctrinal y no político. Es en este sentido que muchos consideramos como de muy escaso interés el lanzamiento de una falsa polémica alrededor del tema del marxismo en el seno del PSOE. Como acertadamente señala Riccardo Lombardi, el máximo exponente de la izquierda socialista italiana, hoy en día «llamarse simplemente marxista, sin ulteriores y rigurosas especificaciones, quiere decir realmente muy poca cosa». Aunque yo no quisiera dar ningún género de satisfacción a Fraga o a Ferrer Salat —por citar dos nombres relevantes que abogan por la conveniencia de un socialismo «no marxista» en España— no por ello debemos olvidar que muy a menudo la referencia a una hipotética ortodoxia marxista ha servido de pantalla para ocultar otro tipo de motivaciones o, simplemente, para camuflar la pereza intelectual. Es por este motivo, entre otros, que muchos de los que nos consideramos en posiciones de izquierda socialista, hacemos una crítica —desde la izquierda— contra quienes a nuestro juicio cometen el error de llevar el combate a un falso terreno en el que hay muy poca cosa a ganar y sí en cambio bastante a perder en cuanto a garantía de ulteriores desarrollos de una perspectiva de izquierda que, abandonando falsas querellas *retro*, aborde de manera creadora los problemas reales que tenemos planteados: problemas no muy distintos a los que se planteaban al movimiento obrero alemán de la postguerra: *la previsión a medio y largo plazo, el desarrollo de nuevas formas de organización y de lucha, las tareas políticas de carácter democrático y nacional, la unidad dialéctica entre movimiento obrero y los nuevos sectores enfrentados al sistema dominante*, y, por encima de todo ello, la gran tarea de elaborar una estrategia concreta que, ante la crisis global del capitalismo, ofrece unas *perspectivas históricamente concretas de transición democrática hacia el socialismo*.

En los últimos años y hasta la celebración de su XXVII congreso federal, el PSOE se ha caracterizado por un parco nivel de debate interno. Se trata de un fenómeno no atribuible en exclusiva al partido socialista: es toda la izquierda, como es notorio, la que está produciendo una literatura escasa y tediosa. Ahora bien: esta discusión socialista, que no se ha clausurado, y que probablemente seguirá ampliándose en los próximos tiempos, ha tenido el mérito de hacer ver a muchos, en primer lugar, que no es una falacia hablar del carácter ampliamente democrático de la actual organización de los socialistas; y, en segundo lugar, que sería un error precipitado identificar a nuestros partidos obreros como lo que demasiado a menudo aparentan ser, para nuestra desgracia: organizaciones basadas en una mezcla poco consistente de empirismo, ambición y buenas intenciones humanitarias. Por otra parte, el XXVIII congreso fue también un claro exponente de hasta qué punto la ausencia de debate permanente en el seno de un partido de clase puede llegar a generar fenómenos de licantropía política: bajo los rayos de la luna llena congresual, y ante la sorpresa de tirios y troyanos, surgió el partido-lobo, apasionado y visceral, con un profundo instinto de clase, con una profunda pasión revolucionaria. Unir, a esa pasión revolucionaria, el coraje intelectual de proseguir un debate prolongado, sereno y sin tópicos, para la configuración progresiva de un proyecto de izquierda, es la tarea actual de los socialistas. Para ello la tradición del partido socialista que, a diferencia de otras

tradiciones obreras, ha querido ser siempre el instrumento para una formación autónoma y democrática de la voluntad política y de la autoconsciencia social de los explotados, representa una garantía y un motivo de esperanza.

El viejo Topo
Septiembre 1979

El funcionamiento y la acción de las agrupaciones del partido

La Agrupación es el organismo de base de nuestro partido. Es el lugar fundamental de *debate político* y, también, el núcleo básico de organización y desarrollo de la *acción militante*.

Un partido militante, un partido dinámico, proyectado hacia el exterior, se ha de apoyar esencialmente sobre la actividad y la vitalidad de sus agrupaciones. De aquí, la gran importancia que tiene en nuestro partido el llevar adelante una política de *dinamización de la vida interna y proyección externa de la Agrupación*. Sin unas agrupaciones vivas y dinámicas, en toda Catalunya, la acción del partido perdería toda eficacia. Más aún: el propio partido iría muriendo porque iría convirtiéndose en una estructura desvincuada de la realidad, alejada de los trabajadores y del pueblo, burocratizada y vacía.

Nuestro partido se ha marcado de una manera muy clara el objetivo de trabajar intensamente para conseguir el máximo desarrollo democrático y militante de la organización. Afirmar este objetivo, y hacerlo realidad, exige *tener claramente definidos los elementos que permiten un buen funcionamiento interno y una proyección eficaz de la acción militante*. Porque la voluntad militante es necesaria, pero no es suficiente. No sólo es necesario trabajar y luchar, *es necesario hacerlo bien y con eficacia*.

Es preciso, en este sentido, definir claramente las tareas organizativas y políticas de la Agrupación:

1) *La Agrupación como centro de información y debate.*— El proceso de discusión que va marcando democráticamente la orientación política del partido arranca de las Agrupaciones y tiene en ellas un terreno esencial. El partido define democráticamente su estrategia mediante un proceso muy amplio de discusión, que requiere *información profundizada sobre los temas* a fin de que cada militante pueda intervenir y votar con pleno conocimiento de causa. Consecuentemente, antes de cada conferencia o Congreso, la Agrupación ha de proceder a la elaboración y discusión de los documentos, de una manera amplia, seria y profunda. En el período intercongresual, de acción regular del partido, la Agrupación ha de poder conocer y debatir los documentos de los órganos de dirección, formar sus valoraciones y plantear iniciativas.

2) *La Agrupación como núcleo básico de formación.*— La formación de base ha de realizarse en el seno de las Agrupaciones. No puede haber un debate serio si todos los militantes no disponen de *información y formación suficientes*. La formación de los nuevos militantes, en particular, ha de asegurarse de una manera sistemática en el seno de la Agrupación, *dándoles a conocer la historia del Partido, sus características organizativas, su estrategia, su programa, así como el concepto básico de la acción militante*.

3) *La Agrupación como centro de organización de la acción militante.*— La Agrupación no puede ser una simple aglomeración de militantes que se reúne de vez en cuando para discutir. *La Agrupación ha de dotarse de una estructura y de unos medios que le permitan organizar la acción militante*. Es necesaria, en este sentido, una *comisión ejecutiva* que funcione, un *plan de acción* de la Agrupación, una *organización por secciones* (en función del trabajo sectorial, sindical y la proyección ciudadana de los militantes).

4) *La Agrupación como colectivo de acción cultural y de recreo.*— Los compañeros y compañeras se afilian al Partido para luchar por el socialismo, para cambiar la sociedad. Pero también por motivaciones personales más concretas, entre las que tiene una especial importancia la búsqueda de un marco de *amistad, de participación, de autoafirmación, de vida cultural* en el sentido más amplio. Una Agrupación que no se proponga dar respuestas concretas a estas necesidades personales de los militantes es una Agrupación que jamás llegará a funcionar bien.

5) *La Agrupación como elemento de difusión de las ideas del Partido y como instrumento de comunicación con los trabajadores y el pueblo.*— Un partido socialista se convierte en *electoralista* no cuando participa activamente en una campaña electoral, *sino cuando abandona todo contacto con la opinión popular en los períodos no-electorales*. La actividad propagandística de la Agrupación ha de ser permanente. Lógicamente tendrá momentos de más intensidad (en las campañas electorales y en las de propaganda nacional o de Federación), pero la Agrupación ha de ser capaz de realizar, de una manera *permanente* un trabajo de popularización de las ideas y propuestas del Partido: *venta militante de la prensa, confección de un boletín propio, carteles, octavillas, reuniones públicas, reuniones con simpatizantes, presencia de la Agrupación en la calle, fiesta de la Agrupación, etc.*

6) *La Agrupación como instrumento de implantación y crecimiento del Partido.*— Hoy, de una manera prácticamente no programada, vegetativa, el Partido está creciendo: cerca de un millar de nuevos afiliados en los últimos seis meses. Esto quiere decir que hay una cierta recuperación del interés por el combate socialista (después del período de reflujo, del «desencanto»). Es necesario trabajar a fondo sobre esta nueva realidad. Las Agrupaciones han de tener una lista de simpatizantes, de trabajadores que se han acercado en uno u otro momento al Partido (interventores, asistentes a fiestas o reuniones públicas del Partido, etc.). Y periódicamente han de invitarlos personalmente a reuniones abiertas, cuidadosamente preparadas, con contenido interesante, para así impulsar el esfuerzo hacia un conocimiento masivo de la organización.

En una línea de actuación general del combate socialista en todos los campos, la cuestión de dinamizar las Agrupaciones es un tema capital. Sólo si

tenemos éxito en este objetivo, que el «Plan de Acción del Partido para 1981» define como prioritario, llegaremos a consolidar un Partido sólidamente organizado, con un gran sentido de la democracia interna y con una enérgica proyección militante. Si forjamos entre todos esta organización —y eso requiere una renovación profunda de la vida de las Agrupaciones— habremos dado un paso adelante de enorme importancia en la vía de la victoria del socialismo y de los trabajadores de Catalunya.

«L'Opinió Socialista»
Enero 1981

El lenguaje de los socialistas

La cuestión del «lenguaje político» que utilizamos es muy importante porque constituye la red de cordones umbilicales por donde circula la comunicación entre nosotros y, sobre todo, entre nosotros como partido y los trabajadores y el pueblo.

Ahora: si somos sinceros, hemos de admitir que el lenguaje que utilizamos, muy a menudo la gente no lo entiende. ¿Qué pasa aquí?

Nuestro lenguaje político actual está construido en una realidad hostil: la clandestinidad. Cuando salimos de las catacumbas, en el año 76 o 77, esgrimimos este lenguaje como una especie de seña de identidad. La izquierda ejerció entonces, instintivamente, el papel ritual de gran sacerdote del cambio. Recordad los grandes mítines de junio del 77. Pero después, cuando la explosión democrática, con sus cargas emotivas, se acabó, pasaron dos cosas.

Primera: la derecha se apropió de la «jerga» de la izquierda y la hizo suya. La utilizó como si lo hubiera hecho toda la vida. Se creó una especie de «jerga» que es la «jerga» de los políticos.

Segunda: después del período democrático inicial (entusiasta y ritual), el pueblo se va a casa, escuchando como los políticos —ahora más o menos convertidos en parlamentarios— se ponen a hablar. Todo parece marchar. Y nacen las discusiones, las negociaciones, el consenso, la estrategia, la táctica, la coyuntura, las fuerzas fácticas, las crisis internas de los partidos, etc. Mucha comunicación política es recibida por la gente como absolutamente incomprensible. *No se entiende.*

Hay una reacción natural, cuando no entendemos una cosa, que es considerar que el problema radica en nuestra propia ignorancia. Para subsanar el defecto, se entra en una actitud de fijarse más, de escuchar más atentamente. Pero. ¿qué pasa entonces?

Pues pasa que nos encontramos con la sorpresa de descubrir que todo es más difícil y más grave. *Hay todo un idioma que no se entiende, que no se conoce.* Porque, claro, la gente piensa: «*Si todos los políticos hablan igual, esto quiere*

decir que usan el idioma normal de la política».

De ahí a la conclusión de que la política es algo lejano, inaccesible e incomprensible, sólo hay un paso.

La conclusión final es fácil de comprender: Tienen más cosas en común los «políticos» de los diferentes partidos, entre ellos, que no los de cada uno de los partidos con el correspondiente sector del pueblo al que representan.

Se meten todos los políticos en el mismo saco y se dice aquello tan conocido de «*todos los políticos son iguales*».

Cuando se llega plenamente a esta situación, sólo la sensación de *cambio* o *trascendencia* (por ejemplo, cuando la moción de censura socialista) o la de *tragedia* (el 23-F), puede llevar de nuevo al pueblo —del brazo de la esperanza o de la resistencia indignada— a la participación política.

Pero es necesario luchar para que las cosas no sean así. Se han cometido tantos errores, se ha olvidado tantas veces la evidencia, que las cosas están bastante mal. Pero es preciso que nos opongamos a ello. No sólo con una política correcta. También con un lenguaje renovado, que la gente entienda. Resolver esto es fundamental, porque se trata de conectar o no conectar.

Si conectamos, podemos modificar las relaciones actuales que nos son desfavorables, y convertirlas en favorables.

Unas hipótesis para pensar más en todo ésto:

- 1) Aceptar que nuestro lenguaje ha de ser el que utiliza el pueblo normalmente para comunicarse informaciones y conceptos.
- 2) Aceptar que el pueblo no comprende —ni tiene por qué comprender— las «jergas» nacidas fuera de su medio.
- 3) Hablar siempre el lenguaje corriente. Decir todas las cosas por su nombre, por el nombre que la gente utiliza.
- 4) Hacerse cómplice del pueblo contra los «políticos» que seguirán enganchados a la «jerga». Crear una separación entre los socialistas y los otros políticos, y dejar a estos sólo, con el culo al aire. Incluso en el Parlament será necesario hablar siempre pensando que el pueblo está mirando y escuchando. Hablar siempre dirigiéndose al pueblo (o al menos haciendo un trabajo de traducción simultánea para que no se le escape nada).
- 5) Concretar siempre al máximo las cosas de qué hablamos. Si bien es extraordinariamente útil el hecho de hacerse entender hablando claro, también lo es exteriorizar la claridad al nivel de concretar al máximo: qué hacemos los socialistas, por qué lo hacemos, cuándo lo haremos, qué representará para el pueblo cada acción que se emprenda.

Si somos sinceros, hemos de reconocer que esto ahora no se hace, o no se hace suficientemente bien. Y al no hacerlo, salen beneficiados los partidos de derecha o los dogmáticos (los que chillan más).

Y si esto nos cuesta, se nos hace difícil, mejor. Querrá decir que estábamos muy lejos de hacer lo que era necesario hacer y que «nunca es tarde cuando llega».

«Oriental»
Febrero 1982

Perfiles de socialistas

Homenaje a Francesc Vila-Abadal

«Señor Presidente, amigos, compañeras y compañeros: yo también, como Josep M. Bricall, me he interrogado a mí mismo al preparar mi intervención de esta noche, aquí, sobre el sentido que podría tener este acto y sobre cómo Francesc Vila-Abadal lo habría visto.

Trataré, por sentido de la honestidad, de ir un poco más allá del simple homenaje genérico al hombre y al combatiente de Catalunya. Sin duda este homenaje puede hacerse desde muy diversas posiciones. El abanico de intervenciones hoy aquí es significativo, pero por descontado es inevitablemente incompleto, porque uno de los rasgos más característicos y más envidiables de Francesc Vila-Abadal era, sin duda, su inmensa capacidad de hacer amigos. Yo siempre me sorprendía y así se lo decía a veces, de la enorme cantidad de relaciones y de afectos, de la cantidad de gente que conocía y de la cantidad de gente que le quería. Quizá podrían estar aquí con más motivo que nosotros para dar testimonio sobre esta amistad y sobre este afecto.

Pero el sentido de mi intervención podría estar motivado por el hecho de que en el pasado he tenido la suerte de convivir, de discutir, de hablar, de reflexionar en común con Francesc Vila-Abadal, en una reflexión que no se ha parado y que tratamos de proseguir los compañeros que con él combatimos en los pasados años. Fui participe directo de la incorporación de Quico Vila-Abadal en el Moviment Socialista de Catalunya, he vivido el proceso de consolidación de sus posiciones ideológicas y políticas en el seno del socialismo catalán y he vivido también, en la última etapa de su vida, sus preocupaciones esenciales en el difícil momento político que nos toca vivir en estos momentos. Y querría centrarme muy rápidamente en estos aspectos, tratar de exponer, de la manera más objetiva posible desde mi punto de vista, es decir, desde una parte implicada política e ideológicamente, mi descripción personal en relación a estos aspectos para mí cruciales de la evolución política de Quico Vila-Abadal.

Su incorporación al Moviment Socialista de Catalunya, es decir, en las filas del socialismo organizado y soberano de Catalunya, a finales de los años 60, coincidió con un periodo caracterizado básicamente por la apertura de nuevas vías de análisis y de reflexión sobre la cuestión nacional desde la perspectiva de la izquierda y también por la eclosión de nuevas perspectivas en el combate político en Catalunya que tomó, a finales de los años 60, un enorme alcance a través de la Taula Rodona, de la Comissió Coordinadora de Forces Polítiques de Catalunya y de l'Assemblea de Catalunya.

Desde el campo del socialismo y desde el campo del marxismo catalán, se abría en aquel momento un proceso que no ha terminado aún, de superación de las rígidas concepciones mecanicistas del marxismo más dogmático sobre la

cuestión nacional. Superación que puso énfasis, desde el punto de vista historiográfico, en el carácter popular del movimiento de emancipación nacional en Catalunya a lo largo de la historia y en los factores subjetivos de masas en cuestiones tales como la voluntad colectiva de ser, como el proyecto colectivo de futuro, como alternativa de futuro para el pueblo de Catalunya. Hombres como Pep Termes, como Ernest Lluch, como Ramón Garrabou y otros, contribuirían en aquel momento a sentar las bases historiográficas y teóricas de esta nueva formulación de la cuestión nacional, superando los dogmatismos del pasado.

El proceso de incorporación de Francesc Vila-Abadal al socialismo es el resultado, desde mi punto de vista, por una parte del distanciamiento progresivo en relación con la vieja teorización idealista que niega el contenido de clase del hecho nacional y que le sitúa por encima de las clases, y la consciencia de que hecho nacional, lucha por la liberación nacional, lucha por el socialismo, no son elementos excluyentes, no son elementos extraños entre sí, sino que son elementos que se dan de una manera conjunta, que actúan simultáneamente porque son facetas esenciales de un mismo combate.

Quico Vila-Abadal era un ferviente partidario, dentro de las filas socialistas, de dar un contenido progresista al catalanismo, contenido que no venía dado por sí mismo, que no viene dado «per se», sino que está en función de los sectores sociales que consiguen hacerse con el movimiento de afirmación nacional y que son capaces de canalizar el enorme potencial que representa el sentimiento nacional: bien hacia una línea de transformación social y de progreso, bien hacia una línea de consolidación de las posiciones de dominio de los sectores privilegiados. Sus formulaciones no eran formulaciones nacionalistas en abstracto, sino afirmaciones de un tipo muy concreto de consciencia nacional que une indisolublemente la lucha por la realización de Catalunya como pueblo con la lucha por el socialismo. Esto llegaba a formulaciones de carácter incluso provocativo. Quienes hemos conocido políticamente a Francesc Vila-Abadal sabemos que toda su apariencia de amable sencillez, toda su inagotable cordialidad, escondía un hombre políticamente duro. En uno de sus últimos artículos, Quico Vila-Abadal decía: *“para mí no hay otra patria que aquella en que el hombre no oprima al hombre, comprendiendo la opresión en el trabajo, en la forma de comunicación y relación, en todas las expresiones de la vida cotidiana. Esta patria aún no ha existido, es necesario luchar para acercarnos a ella”*. Creo que su toma de partido en el campo del socialismo venía dictada fundamentalmente por este tipo de reflexión.

Y querría referirme, para acabar, a aquello que a mi juicio eran las preocupaciones políticas esenciales de Francesc Vila-Abadal en los últimos meses de su vida, coincidiendo con un período político confuso y contradictorio, caracterizado por la viscosidad de unas circunstancias en las que la habilidad y la prepotencia de los sectores privilegiados de la sociedad imprimían —creo que continua ocurriendo— un cierto cambio de curso en la política que se había ido desarrollando, que había ido creciendo en el curso de los últimos tiempos del franquismo y en los períodos iniciales del post-franquismo.

NACIONALISMO CATALÁN, SOCIALISMO Y EL «SÍNDROME DEL RESISTENT»

Creo que últimamente Francesc Vila-Abadal estaba básicamente preocu-

pado por dos cuestiones esenciales: la primera de ellas es la ligazón entre la política nacional, la política de liberación nacional y la política socialista; la segunda de ellas, es la que yo en una de las últimas conversaciones que tuve con él calificué de «síndrome del resistant». Francesc Vila-Abadal, como algunos otros, estaba persuadido en un determinado momento que había llegado —como decía él— la hora del relevo, y así lo dejó claro en un artículo que a muchos no nos gustó y que publicó el periódico «Avui».

Respecto a la primera de estas preocupaciones, Quico Vila-Abadal señalaba con energía e incluso con indignación que no era suficiente para los socialistas reivindicar una autonomía en abstracto, que era preciso hacer un esfuerzo permanente, un combate con un horizonte más ambicioso para construir un nuevo tipo de Estado en Catalunya, es decir, dando un contenido económico y social preciso a la política de Estado en Catalunya, creando un nuevo tipo de relación entre el poder político y las masas, profundamente democrático, antijerárquico, de acuerdo con nuestro talante nacional. Francesc Vila-Abadal dirigía una crítica también a las formaciones de izquierda estatal en la medida que permanecían aún prisioneras de una imagen de Estado centralista creado por la burguesía y que tendían a considerar, conducidas por esa inercia, como estructuras inamovibles las de ese Estado. Criticaba aquello que François Mitterrand ha denominado la enfermedad básica del socialismo: la religión del corto plazo, el fetichismo de lo inmediato. Creía en el protagonismo creador de la izquierda, en la incidencia nacional de un partido socialista abierto, más democrático que cualquier otro partido, capaz de enlazar las tradiciones nacionales y populares de Catalunya con un proyecto de futuro. Y por lo que respecta a este segundo aspecto, que creo políticamente relevante, este «síndrome del resistente», esta consciencia de muchos que han estado luchando durante muchos años contra el franquismo, que consideran que tienen poco lugar en el período actual, yo querría hacer un acto que me parece que es, quizá no convencional, pero que se aviene bastante, me parece, con el carácter y la manera de ser de Quico Vila-Abadal, y que es criticarle alguna de sus posiciones de los últimos tiempos, en particular esta consciencia que yo consideré profundamente equivocada y así se lo dije y repito hoy aquí: que hombres como Francesc Vila-Abadal no tenían un lugar en la política actual en Catalunya.

Yo, por el contrario, creo que él podía y habría podido tener un gran papel, quizá no tanto en el período actual inmediato, pero si más exactamente un gran papel político en nuevos períodos del futuro de Catalunya, en los próximos años, porque si hombres como Francesc Vila-Abadal no tienen, no pueden tener, una presencia en el combate político la política no tiene sentido.

Sin la riqueza que significa la participación de hombres como él, la política es pura mediocridad. Esta dimensión crítica, libertaria, independiente, inconformista, en todo momento abierta, es lo que salva —creo yo— a la política, es lo que salva a los partidos y es lo que hemos perdido un poco con la muerte de Francesc Vila-Abadal.

Homenaje a Francesc Vila-Abadal
Colegio de Abogados de Barcelona
Enero 1979

Mitterrand

Pareció encarnar, durante muchos años, el destino del eterno perdedor, del líder permanente de la oposición. Parecía seguir irremisiblemente la estela de los grandes socialistas franceses que nunca consiguieron cristalizar en una experiencia estable de gobierno sus proyectos, sus anhelos: los Jaurès, los Blum, los Mende France, hombres todos que sólo de una manera individual y precaria pudieron traspasar en muy contadas ocasiones el umbral que separa la política de oposición de la de gobierno.

Hasta el punto de ser objeto, ahora hace un año, de una amplia tentativa de jubilación anticipada. Pero incluso sus adversarios reconocen hoy la larga paciencia, la tenacidad obsesiva con que François Mitterrand ha llevado el largo combate de oposición de los socialistas franceses. Y su dignidad política y moral, la firmeza que no ha tambaleado en las derrotas, ni ante los sarcasmos y las incomprensiones.

Este hombre aparentemente frío y distante, acusado por muchos de florentino, de Rastignac, ha sido, en fin, un hombre de instinto y de impulso popular, capaz de movilizar al pueblo y también, en unos momentos no precisamente favorables, a la «intelligentsia».

Político hasta la médula, Mitterrand es también hombre de letras, o más exactamente hombre de letras en esa «acepción admirativa y fatalista» que la palabra tiene en Francia, según García Márquez. Quizá por eso ha sabido encontrar el punto justo en el diálogo y en la movilización de los intelectuales y de los hombres de ciencia contra la derecha. Cuando la moda está en la privacidad, en el refugio conformista, en la fatalidad o en el escepticismo, Mitterrand ha sabido encontrar el tono para una nueva confrontación positiva entre la izquierda y el mundo de la cultura. A partir de la constatación de una proximidad a menudo disimulada. «El parentesco profundo entre el político y el hombre de cultura es más estrecho de lo que se piensa. No hay por un lado el hombre político con las manos sucias y del otro el hombre de creación con las manos limpias», decía Mitterrand en un reciente coloquio internacional ante artistas, científicos y literatos. Este hombre inquieto, curioso por todo, que se interroga sobre el presente y sobre la historia, que habla con conocimiento no sólo de las cosas de la política, sino también de las de la naturaleza y del arte, encontraba allí la fuerza para inducir a la esperanza. La era conservadora, que la derecha nos promete cada día, la llegada del neoliberalismo salvaje, de la desmoralización-desmovilización de la izquierda, no eran datos inevitables.

El discurso de Mitterrand al pueblo francés, al pueblo de izquierdas, ha sido concreto y simple. Para vencer el mito de este milenarismo conservador, un sólo método: la victoria de la esperanza y de la voluntad sobre el miedo; el triunfo de la inteligencia y de la crítica libre sobre la resignación fatalista. Y, en países como el nuestro, una única alternativa posible frente a la derecha: la de los socialistas. Porque «el socialismo es, aún hoy, la idea más nueva del mundo».

Este hombre y los suyos han ganado contra el escepticismo y los pronósticos de los listos.

Avui
Mayo 1981

Sobre Joan Reventós (Carta abierta a Raimon Galí)

Señor,

esta mañana he visto su firma al pie de un manifiesto que publica el periódico «Avui».

Quiero decirle que he leído con atención y con simpatía constante sus libros y artículos, donde he valorado —al margen de discrepancias ideológicas— el lenguaje y la nobleza del joven militar republicano, y una tensión moral que desgraciadamente se convierte en notable cuando debería ser normal.

Por eso me ha sorprendido, me ha herido profundamente y me ha indignado ver su firma al pie de un escrito que atenta con insidias contra el honor de un amigo mío, que es un hombre bueno.

Conocí a Joan Reventós —este hombre de quien usted dice que «ha de dar explicaciones por haber cenado con el general Armada»—, un día de otoño en 1957, en un oscuro piso de la calle Trafalgar o de la plaza de Urquinaona, que pertenecía a Félix Durán, archivero y bibliotecario, hombre honesto, inteligente y malcarado, fiel hasta que murió a la Unió Democràtica de Catalunya. Una sobrina suya le persuadió para dejar su casa para las reuniones de la sección de estudiantes socialistas de la Universidad de Barcelona. Durán refunfuñaba y nos miraba mal, pero en definitiva accedía con una cierta ternura.

Reventós era ya entonces —veintitrés años atrás— lo que es hoy: un político sólido, buena persona, obstinado y honesto hasta el escrupulo. Puede haber gente tan fiel como él a la Patria, pero no más.

He luchado políticamente al lado de Reventós durante cerca de un cuarto de siglo. En este período es imposible que no haya cometido errores. Pero la trayectoria de Joan Reventós es una trayectoria de fidelidad y de sacrificios, una trayectoria sólida y una trayectoria correcta: no encontraréis en ella el resbalón que mancha el honor o que pone en entredicho la motivación profunda de un comportamiento.

Le he visto, como usted comprenderá, en situaciones de toda clase. Le he visto escondido en un portaequipaje de automóvil para pasar clandestinamente la frontera francesa. Le he visto presidiendo la constitución de l'Assemblea de Catalunya, en la Parroquia de Sant Agustí Vell, hace ahora exactamente diez años. Le he visto en el cementerio de Cerdanyola, único «político» representativo y conocido, con el dolor, la vergüenza y el valor suficientes para unirse a los jóvenes que entre golpes y amenazas despedían los restos de Txiki Paredes, fusilado por los franquistas. Le he visto sentado en el suelo, un domingo de febrero de 1976, en el Paseo de Sant Joan, con García Faria y Xirinacs, al frente de un grupo pacífico de manifestantes, esperando estólidamente una carga bestial de los «grises». Tengo a su disposición una fotografía (digna del Pulitzer), en la que un policía desaforado, cogiendo el mosquetón por la punta del cañón, trata de golpear con la culata al cráneo de este hombre «que ha de dar explicaciones».

Señor: la lista de políticos que ha hablado o cenado con el general Armada es larguísima. Este general es amigo de la charla. Dirigentes y diputados de

todos los partidos de Catalunya —por descontado, también de Esquerra Republicana— han hablado y cenado con él.

¿Por qué es Joan Reventós precisamente quien ha de darle a usted explicaciones?

Se lo explicaré muy claramente. En medios «ultras» se ha lanzado la calumnia de que existían unos acuerdos, de cara al golpe de Estado, entre Armada y los socialistas. (Entre paréntesis le diré que también dicen, desde las mismas fuentes, que el intento de golpe de Estado era motivado por el temor a un gobierno socialista en España. Es decir que los socialistas somos doblemente culpables.)

Esta insidia «ultra» ha sido recogida en dos artículos de Mossèn Dalmau —siempre cariñoso— y en una revista de gran tirada que publica información política de alta tensión, entre fotografías de chinos con dos cabezas y otras morbosidades de variada naturaleza. Y finalmente, el Sr. Barrera, en un programa radiofónico de enorme audiencia recoge la insidia golpista y dice que «Reventós debe explicarse», ha «de aclarar sus relaciones con el general Armada», y que si el golpe de Tejero hubiera triunfado, Armada habría ofrecido la presidencia de la Generalitat a Tarradellas y, si este hubiese rechazado, a Reventós.

A mi juicio, señor, que el Presidente del Parlament de Catalunya diga esto resulta imposible de tolerar. Tampoco lo sería si se hubiera referido a cualquier otro ciudadano honorable. Lo que me ha revuelto por dentro, lo que me ha hecho gritar contra Barrera no es —como usted dice en su manifiesto— que «haya puesto el dedo en la llaga».

Lo que me revuelve es que el Presidente del Parlament de Catalunya no puede rebajarse a dar crédito y eco a una insidia calumniosa.

Ha hecho usted un daño considerable a un hombre bueno. Me dirá que si Reventós es inocente de estas calumnias no tiene porque preocuparse. Pero usted sabe tan bien como yo que se puede llegar a perder el honor injustamente.

Usted ha hecho daño a los socialistas. Yo no sé si eso le satisface. Lo encontraría legítimo en el plano político porque eso es un rasgo de la democracia. Pero no tiene ningún derecho, ningún derecho, a lanzar sin base la acusación o la duda sobre el honor de un hombre.

Señor: los insultos son desagradables pero no engañan. Las insidias siembran la duda en el corazón de la gente y por eso son golpes bajos de una eficacia destructiva, inmoral e intolerable.

Avui
Septiembre 1981